

Marzo 2007 3

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- XII Jornada diocesana de Enseñanza "Religión en la Escuela, Sí". 000
- Carta con motivo del Día del Seminario 000
- "¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?". Homilía del Emmo. y Rvdm. Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid en la Misa corpore insepulto del Emmo. y Rvdm. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid 000
- Al inicio de la Semana Santa del año 2007. Cristo hace don de sí mismo para nuestra salvación 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Sagradas Órdenes 000
- Defunciones 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Marzo 2007 000

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Matrimonio de D. Rafael Adobes y Doña Gracia Martínez 000
- Visita Pastoral a la Parroquia de Santa María 000
- Celebración eucarística con motivo de la III Semana de la Familia 000
- Colación de los Ministerios de Lector y Acólito 000

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Crónicas 000
- Actividades del Sr. Obispo. Marzo 2007 000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Camino hacia la Pascua: el Padre misericordioso 000

SR. OBISPO AUXILIAR

- Homilía del Obispo Auxiliar D. Rafael Zornoza Boy con motivo de la Festividad de San José, el Día del Seminario 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000

Iglesia Universal

- Mensaje del Santo Padre a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXII Jornada Mundial de la Juventud 2007 000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXV - Núm. 2787 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

XII JORNADA DIOCESANA DE ENSEÑANZA

“RELIGIÓN EN LA ESCUELA, SÍ”

10 de marzo de 2007

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Como cada año, nuestra Iglesia de Madrid se dispone a celebrar la Jornada Diocesana de Enseñanza, que en esta ocasión tendrá lugar el sábado 10 de marzo. Se trata de una nueva oportunidad para reflexionar sobre nuestra vocación educativa, que ha de realizarse siempre desde el ejercicio de la responsabilidad propia del cristiano. Una Jornada que nos brinda además la posibilidad de encontrarnos, en un clima de convivencia y oración, con todos aquellos que día a día trabajan en el campo educativo a favor de una renovada presencia de la Iglesia, Madre y Maestra, en esta hora de la historia de España.

La educación tiene como finalidad la formación integral del ser humano, lo que supone buscar la armonía entre las distintas dimensiones que componen la personalidad humana, de la que no puede sustraerse su dimensión religiosa. Los padres cuentan para ello, además de la asistencia de la comunidad parroquial, con la ayuda de la escuela. “Por esto, nos recuerda el Concilio Vaticano II, la Iglesia alaba aquellas autoridades y sociedades civiles que, teniendo en cuenta el pluralismo de la sociedad actual y considerando la debida libertad religiosa, ayudan a las familias

para que en todas las escuelas se pueda impartir a sus hijos una educación acorde con los principios morales y religiosos de las familias” (*Gravissimum educationis*, 7). La tarea educativa presupone y comporta siempre una determinada concepción antropológica, razón por la que la Iglesia, bien por medio de la creación de sus propias escuelas, bien por la enseñanza religiosa y moral se ha hecho presente en los centros educativos con el fin de ofrecer a los niños y jóvenes la imagen de persona y el sentido de la vida que presenta el Evangelio.

El lema escogido para la Jornada de este año tiene un carácter afirmativo, **“RELIGIÓN EN LA ESCUELA, SÍ”**. Se quiere con ello llamar la atención sobre una verdad que pretende hoy ser relegada desde algunos sectores sociales, que desearían arrinconar la religión al ámbito exclusivo de lo privado. Dicha verdad pone de manifiesto cómo la presencia de la enseñanza religiosa en el marco escolar está íntimamente unida tanto al derecho a la libertad religiosa como al pleno desarrollo de la personalidad humana que debe procurar todo proceso educativo. Pues el ejercicio de la libertad religiosa se ve seriamente afectado e impedido cuando se excluyen de la educación del alumno sus convicciones religiosas. Al Estado, desde una concepción subsidiaria del mismo, no le corresponde imponer un determinado modelo educativo para todos sino garantizar a las familias y a las instituciones sociales un marco de libertad que les permita elegir el tipo de educación que desean para sus hijos. Nuestra Carta Magna recoge en su artículo 27.3 el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones. Pero, a su vez, si la escuela ha de atender a la formación integral del alumno no puede conformarse con enseñar sólo aquellas materias fundamentadas en una racionalidad instrumental, sino que ha de incorporar también el saber religioso, que trata de responder a la pregunta sobre el hombre desde la presencia de un Dios Creador y Salvador. En su viaje a Alemania, Benedicto XVI, dirigiéndose a educadores y profesores de Religión les decía estas palabras: “Estimulad a los alumnos a hacer preguntas no sólo sobre este o aquello -aunque esto sea ciertamente bueno-, sino principalmente sobre de dónde viene y a dónde va nuestra vida. Ayudadles a darse cuenta de que las respuestas que no llegan a Dios son demasiado cortas”.

Sin embargo, constatamos con honda preocupación para el proceso educativo de los alumnos cómo desde distintos medios sociales se sigue cuestionando la presencia de la enseñanza de la religión en la escuela. O bien se la identifica con la catequesis para, a continuación, pedir que se imparta en la comunidad parroquial, o bien sólo se la contempla desde una perspectiva aconfesional como transmisión

de unos conocimientos que han de ampliar la cultura del alumno, pero sin que esto haya de incidir en su formación personal. Durante el proceso de elaboración y tramitación de la nueva Ley de Enseñanza hemos vuelto a recordar allí donde se nos ha requerido, que la voluntad de los padres en unos porcentajes muy altos sigue siendo favorable a la asignatura de religión católica, lo que significa que no estamos impartiendo ni catequesis -cuya tarea consiste en iniciar y ayudar a madurar la fe del cristiano, y cuyos lugares apropiados son, básicamente, la familia y la parroquia-, ni una cultura religiosa dada por un profesor al que no cabe pedirle confesionalidad alguna. Estamos hablando de una asignatura en la que la racionalidad específica de la fe cristiana dialoga con la cultura para así hacer posible una auténtica síntesis entre ambas. Una asignatura que, a la vez que sitúa al alumno de forma lúcida ante nuestra tradición cultural, ayuda a los alumnos creyentes a comprender mejor el mensaje cristiano como respuesta a los interrogantes que la vida le plantea y a los que se encuentran en búsqueda o con dudas religiosas les ofrece la oportunidad de conocer la armonía y belleza de la síntesis cristiana, para así reflexionar mejor sobre la decisión a tomar en sus vidas.

En la última Instrucción Pastoral (*Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 18) afirmábamos los Obispos: “En no pocos ambientes resulta difícil manifestarse como cristiano: parece que lo único correcto y a la altura de los tiempos es hacerlo como agnóstico y partidario de un laicismo radical y excluyente. Algunos sectores pretenden excluir a los católicos de la vida pública y acelerar la implantación del laicismo y del relativismo moral como única mentalidad compatible con la democracia. Tal parece ser la interpretación correcta de las dificultades crecientes para incorporar el estudio libre de la religión católica en los currículos de la escuela pública”. Se nos presenta una ocasión propicia para mostrar a todos aquellos que propugnan esa mentalidad, que nuestra fe en Dios no supone abdicar de las exigencias de la razón y que el carácter aconfesional del Estado, tal como aparece en el ordenamiento democrático de nuestra convivencia, lejos de obligarnos a relegar al ámbito privado nuestras creencias religiosas -olvidándonos de la aportación histórica que éstas han hecho y siguen haciendo al patrimonio ético de la humanidad- ha de favorecer la colaboración de todos los ciudadanos, que desde sus convicciones fundamentales, sean estas religiosas o no, contribuyen a la mejora de la sociedad. De ahí nuestra alarma ante el currículo de la nueva asignatura de “Educación para la ciudadanía” que, con carácter obligatorio, supone el riesgo de una inaceptable intromisión del Estado en la educación moral de los alumnos, cuya responsabilidad primera corresponde a la familia y a la escuela.

Espero y deseo que, con ocasión de esta Jornada Diocesana de Enseñanza, se afiance en los padres y educadores el interés y el esfuerzo por el cultivo de la dimensión religiosa y moral en el ámbito familiar y en la escuela para una verdadera formación integral de los niños y jóvenes. A María, Madre de Jesús y Madre nuestra, ¡Virgen de la Almudena! los encomendamos con nuestra oración y plegaria.

Con mi cordial afecto y bendición

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Carta Pastoral con motivo del “Día del Seminario”

19 de marzo de 2007

Mis queridos hermanos y hermanas:

Está ya próxima la solemnidad del glorioso Patriarca San José, y como es habitual en la mayoría de las diócesis españolas, la celebración del “Día del Seminario”. La Exhortación Apostólica de Juan Pablo II “Pastores dabo vobis” insiste en el hecho de que *“es la Iglesia como tal el sujeto comunitario que tiene la gracia y la responsabilidad de acompañar a cuantos el Señor llama a ser sus ministros en el sacerdocio”* (nº 65). Gracia y responsabilidad que, en la comunión de nuestra Iglesia diocesana, tiene principalmente encomendada nuestro Seminario como comunidad educativa promovida por el Obispo para la formación de los candidatos al sacerdocio ministerial. Sin descartar otras posibilidades, el “Día del Seminario” ofrece, sin embargo, una oportunidad singular a todos los fieles cristianos –cada uno según su vocación y misión– para poder manifestar su atención, su afecto y su solidaridad hacia los futuros sacerdotes que les servirán en el futuro los dones de la salvación.

En el curso que transcurre, esta conmemoración se reviste de una especial tonalidad. El Seminario está celebrando el I Centenario de la bendición e inauguración de su sede actual en la calle de San Buenaventura. Es verdad que, como tal institución educativa, ya venía realizando su misión en las buhardillas del antiguo

palacio episcopal –ciertamente en precaria situación– desde la erección de la diócesis, una vez segregada de la Archidiócesis de Toledo. El 21 de Octubre de 1906 con la solemne liturgia presidida por el entonces Obispo de Madrid-Alcalá, Mons. Salvador y Barrera, se culminaban toda una serie de laboriosas gestiones destinadas a dotar a la recién erigida diócesis de una instalación idónea y suficiente para la formación de los sacerdotes de la capital de España.

Si el acercamiento a la realidad del Seminario constituye siempre un motivo para dar las gracias a Dios y renovar la esperanza de que el Señor no dejará de enviar a su pueblo pastores según su corazón (Cf. Jer 3,15), la historia de este primer centenario nos impulsa a la gratitud de una manera especial. Son cien años luminosos de providencia y de gracia que resplandecen en el rostro de los casi mil ochocientos sacerdotes ordenados a lo largo de este tiempo. Cien años luminosos en santidad sacerdotal, cuyas primicias, si Dios lo quiere –D. José M^a García Lahiguera, D. Manuel Aparici, D Abundio García Román...– embellecerán un día los altares de la Iglesia diocesana. Cien años luminosos en frutos de vida apostólica, regados unos con la sangre de los mártires, sacerdotes y seminaristas, sacrificados en la guerra civil; otros cultivados con la entrega sacerdotal del día a día en la ciudad, en los barrios, en los pueblos, en definitiva, allí donde las buenas gentes de Madrid necesitaban la palabra del consuelo y el gesto sacramental de la caridad de Cristo.

Contemplando la historia de gracia sacerdotal engendrada en los claustros y aulas de nuestro Seminario, cabe exclamar con las palabras del salmista: *“El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”* (Sal 125,3), haciendo de las celebraciones del I Centenario un gran canto de alabanza a nuestro Señor Jesucristo. Alabanza ciertamente agradecida y activa, que disponga los corazones de todos los diocesanos para manifestar al Seminario su solidaridad espiritual con la oración, su responsabilidad con la promoción vocacional, y su generosidad y afecto con la ayuda económica. La campaña del “Día del Seminario” nos brinda una estupenda ocasión para ello.

Este recuerdo agradecido del pasado no debe ser obstáculo para mirar el presente y el futuro con la mirada y el corazón de quien se siente urgido por la caridad de Cristo (Cf. 2Cor 5,14) ante las necesidades ingentes de la misión. Como enseña Benedicto XVI, *“La conciencia de que, en Cristo, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás”* (DCE, 33). El reciente

III Sínodo Diocesano ha supuesto, en este sentido, un nuevo impulso para renovar y profundizar la fe que profesamos en la comunión de la Iglesia, para proclamarla, ofrecerla y testificarla con las palabras y las obras. Como en los tiempos pasados, como siempre, la Iglesia necesita, también hoy, del don del sacerdocio apostólico. El “programa” salvador de Cristo debe continuar hasta el fin de los tiempos y alcanzar a todos los hombres : anunciar a los pobres el Evangelio, proclamar a los cautivos la liberación, dar la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos, y proclamar el año de gracia del Señor (Cf. Lc 4,18-19). Sí, necesitamos sacerdotes que prolonguen hoy la unción del Espíritu del Señor que les envía a sus hermanos. Sí, necesitamos sacerdotes “testigos del amor de Dios” –lema del “Día del Seminario”– para acudir allí donde se sufre la indigencia de caridad, en las calles o en los pueblos, en los hospitales o en las cárceles, en el ámbito familiar, en la vida política, en la sociedad injusta... *“Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo”* (Benedicto XVI, DCE, 28 b).

¡Gracias a Dios contamos en Madrid con un número significativo de seminaristas! Entre los dos seminarios diocesanos –el Conciliar, y el Misionero “Redemptoris Mater”– son cerca de doscientos los que se preparan con ilusión para ser sacerdotes de Jesucristo. Es verdad que la tendencia general en Europa y en no pocas diócesis españolas marca un descenso en el número de las vocaciones sacerdotales: lamentablemente, hay menos jóvenes que en épocas anteriores y, además, la cultura de la secularización sigue incidiendo en ellos a la hora de planificar su futuro. Pero no en todos. Nuestros seminaristas son el signo y la prueba de que el Señor sigue llamando y su voz es escuchada allí donde se cultiva la vida cristiana con profundidad, fidelidad eclesial, y generosidad; allí donde se enseña y se aprende a amar y a servir como Dios nos ama y nos sirve en Jesucristo. Los futuros sacerdotes, jóvenes como otros de este tiempo, han tenido la gracia y la experiencia de sentirse amados por Cristo cuando escucharon que les llamaba por su nombre *“para que estuvieran con Él y enviarlos a predicar con autoridad”* (Mc 3, 14). Cada uno de ellos, en el camino original que les ha llevado al Seminario, puede decir con razón: *“Hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene”* (1Jn 4,16).

“En no pocos ambientes resulta difícil manifestarse como cristiano: parece que lo único correcto y a la altura de los tiempos es hacerlo como agnóstico y partidario de un laicismo radical y excluyente”, señalábamos los

Obispos en la última instrucción pastoral (“Orientaciones morales ante la situación actual de España” nº 18). Este clima social imperante puede generar situaciones en donde la identidad cristiana parece diluirse, y crecer el pesimismo y la desesperanza en la acción pastoral, sobre todo con las generaciones más jóvenes. Frente a pesimismo y frustraciones ante aparentes bregas infructuosas, la fuerza salvadora de Cristo y del Evangelio nos impulsa a seguir echando las redes para pescar. La palabra obediente y confiada de Simón Pedro, “*Por tu palabra, echaré las redes*” (Lc 5,5), ha de ser en estos tiempos la palabra de la misión y del testimonio cristianos. Confiada en esta palabra la Iglesia diocesana de Madrid se empeña en la “Misión Joven”, de manera que los jóvenes reconozcan en Cristo la respuesta verdadera y única a su sed de amor y a su esperanza de futuro. Apoyada en esta palabra, toda la comunidad diocesana –especialmente los sacerdotes, los padres, los maestros, los catequistas– puede y debe seguir orando, anunciando y proponiendo, con claridad y audacia, el Evangelio, que implica la vocación al sacerdocio apostólico y reclama de los llamados un Sí generoso e incondicional, en la espera de una nueva pesca milagrosa por la fuerza de la palabra del Señor.

En la tarea educativa de propiciar el que la llamada de Cristo pueda ser escuchada, la Iglesia diocesana no puede ignorar cómo en la historia de tantos sacerdotes, la voz del Señor fue escuchada siendo niños o adolescentes. Nuestro Seminario Menor, acoge, discierne y acompaña estos brotes de vocación sembrados en su corazón, mientras ofrece una educación cristiana integral –a través del Colegio Arzobispal de ESO y Bachillerato– que ilumine el proceso de crecimiento de los alumnos con el amor de Dios, el significado del servicio gratuito a los demás, y el sentido de vivir en la entrega generosa de uno mismo. ¡Que ninguna inquietud vocacional infantil quede sin cauce y respuesta adecuados por la desidia o la corteidad de miras de los mayores!

Además, para estimular el despertar, el cuidado y la atención de posibles vocaciones en edades tempranas, el Sínodo diocesano pidió renovar “*la costumbre de invitar y preparar a los niños para el servicio del altar, que favorece el desarrollo de las vocaciones sacerdotales*”, instituyendo para ello la “Escuela Diocesana de Acólitos” (III Sínodo Diocesano, Decreto General, art. 12). Felizmente inaugurada en este curso y puesta bajo el patronazgo del apóstol San Juan, la ofrecemos a nuestros jóvenes acólitos para que les ayude a descubrir la persona viva de Cristo, tan presente y tan cercano en su servicio al altar, lo escuchen y lo sigan como su mejor Amigo y su único Señor.

Con la ayuda de Dios y la protección de la Virgen Inmaculada, su Patrona, nuestro Seminario, cruzado el umbral del I Centenario, afronta con esperanza al futuro y prosigue su tarea como una comunidad eclesial viva que, mirando el rostro del Buen Pastor, ora, estudia y convive en fraternidad, y busca recorrer los caminos de la santidad sacerdotal. En la celebración del “Día del Seminario” los seminaristas visitarán muchas de vuestras parroquias y os ofrecerán el testimonio alegre de sus vidas entregadas. Con la atención y la ayuda económica para paliar las necesidades de su formación, ofrecedles vuestra oración y vuestro afecto. Y no dejéis cada día de encomendar al Señor y a la Virgen de la Almudena el que alguno de vuestros hijos, de vuestros discípulos o de vuestros feligreses, sea agraciado con la vocación al sacerdocio ministerial.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

«¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?»

HOMILÍA del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid
en la Misa corpore insepulto del Emmo. y Rvdmo. Sr. D.
Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid

Catedral de La Almudena; 26.III.2007; 18'30 horas
(Rom 8,31b-35.37-39; Sal 62,2-3^a. 3bc-4. 5-6. 8-8; Jn 19,25-27)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

«Dios hace, el hombre se deja hacer»

Estas palabras de san Ireneo, que Monseñor Eugenio Romero Pose escogió como lema de su ministerio episcopal, se han cumplido plenamente en el trance de su muerte acaecida en la madrugada del V Domingo de Cuaresma. Dios, el Creador y Redentor, ha actuado en su vida y en su muerte, ha realizado una historia de amor y de salvación para con él, le ha dado a gustar con Cristo el cáliz de su pasión, y, purificado como los justos en el crisol de la prueba, le ha llamado a la casa paterna para que descanse eternamente en su paz. Don Eugenio se ha dejado hacer: ha acogido la voluntad del Señor en su vida y en su muerte sin ofrecer resistencia a lo que el Señor quería de él. «Que sepa aceptar lo que me envíe y que lo

accepte queriéndolo de verdad», decía días antes de morir. Con fe inquebrantable en el amor de Dios, con la certeza de la resurrección de la carne, y con la tierna confesión de su amor a Cristo y a la Virgen, nuestro obispo auxiliar abrió de par en par las puertas de su corazón para que el Señor hiciera en él lo que sin duda ha sido el último paso de su conformación con Cristo antes de la ansiada resurrección de la carne. Ahora nos reunimos con fe y esperanza e invocamos, como él mismo lo hizo, la misericordia divina para que sea purificado de sus faltas y goce para siempre de la visión de Dios. La Palabra de Dios que hemos proclamado tiene el poder de la consolación, en estos momentos en que sus familiares, toda la diócesis, y yo mismo con mis obispos auxiliares, sentimos profundamente la pérdida de un hermano, un entrañable amigo, un fiel consejero y un pastor celoso que ha servido a la Iglesia sin otra pretensión que proclamar la verdad que nos salva y justifica nuestra vida. ¡Que Dios le premie como a servidor bueno y fiel!

«¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?»

Al hombre no le resulta fácil alabar a Dios cuando llega la muerte. Siendo como es el último enemigo del hombre, la muerte nos provoca gran angustia y temor y todos quisiéramos vernos libres de su ineludible asechanza. El mismo Hijo de Dios, Jesucristo, suplicó con gran clamor y lágrimas verse libre de la muerte (cf. Heb 5,7-8), lo que no se le concedió porque debía «gustar la muerte por todos» (Heb 2,9). Precisamente por eso, la muerte es el lugar donde se hace más comprensible cantar las maravillas de Dios, que la ha vencido gracias al misterio insondable de la muerte de Cristo. Así lo hace san Pablo en el texto de la carta a los Romanos que hemos escuchado. El apóstol exalta el amor de Dios que, para salvarnos del poder de la muerte, «no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros» (Rom 8,32).

Esta admirable paradoja, que cantaremos en la noche de Pascua –«para rescatar al esclavo entregaste al Hijo»– sólo se explica desde el amor de Dios, que ha querido vencer definitivamente la muerte del hombre permitiendo a su Hijo pasar por ella. Más aún que ha querido así que el hombre, superando la historia de su pecado y de su último fruto, la muerte, fuese capaz de vivir el amor más grande de Dios. «¿Quién nos apartará –se pregunta entonces san Pablo– del amor de Cristo? Nada ni nadie, ni siquiera la muerte. Nada ni nadie puede hacernos dudar del amor de Dios que ha permitido que su Hijo descendiera a la oscuridad de la muerte para iluminarla con la luz de la gloria. Don Eugenio vivía de esta convicción de fe recibida en el seno de una familia profundamente cristiana. Cultivó esta fe en los años de su

formación para el sacerdocio y en sus estudios posteriores. Y, sobre todo, vivió de esta fe en los diversos ministerios que la Iglesia le encomendó y que realizó con sencillez y extraordinaria competencia. Su generosa entrega al ministerio episcopal de la que hemos sido testigos hasta que el último tramo de la enfermedad se lo ha impedido, ha sido un signo elocuente de que el amor de Cristo estaba en el fondo de sus motivaciones y de sus actividades apostólicas. La misma enfermedad, acogida y vivida con serena esperanza y firme paciencia, ha sido para él una ocasión para expresar el amor a Cristo reconociendo que sólo así podía servirle tal y como él se lo iba pidiendo. Su único temor era no responder al Señor como se merecía.

D. Eugenio había nacido y había sido bautizado en Baio, en la Provincia de la Coruña, cerca de las costas bravías del Finisterre, mirando a la América hermana, evangelizada por los misioneros de España. Ordenado sacerdote en nuestra querida Santiago de Compostela, conoció, vivió y promovió apasionadamente el Camino de Santiago como el itinerario de la fe apostólica del que desde el corazón de Galicia, el Sepulcro del Apóstol Santiago en su ciudad de Compostela, surgiría aquella Iglesia de “la Hispania” del primer Milenio, rica en mártires, padres y maestros insignes de la vida cristiana, monjes y santos y, con ella, España misma y la Europa de raíces cristianas. Todo su amor a Cristo y a su Iglesia, “la Católica” –en la expresión patristica tan preferida por él–, presidida en la caridad por el Sucesor de Pedro, lo volcó luego totalmente en sus diez años de servicio episcopal a nuestra muy querida Archidiócesis de Madrid, lugar de encuentro fraterno de españoles venidos de todos los rincones de la Patria común y también de Europa y de todo el mundo.

Igualmente valioso ha sido su servicio a toda la Iglesia en España, especialmente a través del delicado cargo de Presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, que ejerció durante dos períodos con exquisita fidelidad al Magisterio de la Iglesia y al Santo Padre.

«Mi carne tiene ansia de ti»

Podemos decir, por tanto, que el amor de Cristo ha vencido la muerte en nuestro hermano Eugenio que ha pasado por ella con la confianza puesta en aquél que le amó y murió por él (cf. Gál 2,20). Si nos entristece el dolor de la separación, nos edifica y conforta el testimonio de su fe, que es fe en la resurrección de la carne. Sólo así, podemos entender el salmo interleccional en el que el justo expresa viva-

mente el deseo de su carne por ver a Dios. Ciertamente, Dios nos ha hecho para que tengamos sed de Él, para que vivamos con el ardiente deseo de verlo cara a cara, para contemplarlo con nuestra propia carne, como dice el salmista: «Mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua». La vida del cristiano tiende, desde que recibe las aguas del bautismo, hacia esa meta de la visión de Dios que alcanzará su realización última en la resurrección de la carne.

Todos sabemos los esfuerzos que, tanto en su investigación y magisterio sobre los Santos Padres, como en la defensa valiente de la fe frente a posturas reduccionistas de la misma, hizo Don Eugenio para que esta verdad definitiva de la fe cristiana –la carne llamada a la gloria– estuviera siempre presente en la predicación, la catequesis y la enseñanza de la Iglesia. Ésta es, en efecto, la novedad cristiana: la resurrección de Cristo, y, gracias a ella, la de los creyentes unidos a él. Al dar sepultura hoy al cuerpo de nuestro hermano confesamos que un día también esta carne que enterramos en debilidad se saciará «como de enjundia y de manteca» con la visión de Dios; sus manos, que tantas bendiciones ha prodigado, se alzarán invocándole; y sus labios, que han proclamado con pasión y fidelidad las bellas palabras del evangelio, le «alabarán jubilosos» por toda la eternidad.

«Ahí tienes a tu hijo»

No temamos, pues, hermanos, la aparente arrogancia de la muerte que pretende imponerse como si fuera el fin de la vida humana. Contemplemos a María, al pie de la cruz, en estos momentos en que todos la necesitamos cercana y firme como Madre fuerte junto al dolor. La escena evangélica tiene lugar momentos antes de que su Hijo ponga en las manos del Padre su último aliento. María es, junto al árbol de la cruz, la nueva Eva que no se deja alagar por la tentación ni los engaños de la muerte, sino que, como Cristo, se deja atravesar por la espada de la prueba. Por eso es imagen de la Iglesia fiel que permanece junto al Crucificado, es decir, junto al que es escándalo y necedad para judíos y griegos. María sabe que allí está naciendo la vida, la Verdadera, que brota del costado abierto del Salvador. Sabe que allí tiene lugar la nueva creación. Sabe que allí culminará su vocación de Madre, no sólo de Cristo, sino de todos los que se llaman sus discípulos. Por eso, recibe a Juan, y en él a todos nosotros, como el que ocupará para siempre, en la tierra, el lugar de Cristo. «Mujer, ahí tienes a tu hijo». María recibe una maternidad universal en la muerte de su propio Hijo; podemos decir que, para llegar a ser Madre de toda la Iglesia, hubo de pasar por el trance de la muerte de su Hijo.

También hoy está al pie de nuestra cruz, aquí, en este valle de lágrimas donde ella permanece para siempre. Hoy ha muerto uno de sus muchos hijos, de los hijos nacidos del costado abierto del Redentor. Un hijo configurado a su Hijo con los sacramentos de la gracia, un hijo a quien Cristo llamó para asemejarle a Él mediante la plenitud del sacramento del Orden y ser así su imagen en medio de los hombres. Y hoy María se dirigirá sin duda a Cristo para decirle: Mira, aquí está uno de los que tú me diste al pie de la cruz, uno de los que te han costado la vida que diste por amor, uno de los que me han tenido en su casa como preciado tesoro y me han mirado con exquisita ternura y filial devoción, uno que antes de expirar pudo todavía decir «amo a Cristo, amo a la Virgen». Acógelo en la casa del Padre, ponlo junto a ti, pues es tuyo y te pertenece, y cumple así aquella vocación que me diste al pie de la cruz cuando de todos los tuyos me dijiste en Juan: «Ahí tienes a tu hijo».

Amén.

AL INICIO DE LA SEMANA SANTA DEL AÑO 2007 Cristo hace don de si mismo para nuestra salvación

Madrid, 30 de Marzo de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

Comienza la Semana Santa. El itinerario litúrgico de la Iglesia nos llevará estos días de la semana cumbre del Año Litúrgico desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén hasta el Domingo de Resurrección. El acontecimiento de la nueva Pascua, la que sustituye y supera infinitamente a la celebración judía del “paso” del Señor, que libera a Israel de la esclavitud de Egipto y le despeja el camino de la Tierra Prometida, superándola infinitamente, se enmarca, al llegar a su culminación, entre dos momentos de gloria: más humana, por efímera y transitoria, la primera, más divina, por definitiva y eterna, la segunda.

El triunfo del Domingo de Ramos, cuando sus discípulos “entusiasmados se pusieron a alabar a Dios a gritos, por todos los milagros que habían visto, diciendo: ¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto”, se trastoca muy pronto en aquellas dos terribles jornadas de la Pasión y Muerte en la Cruz. Jesús lo sabía. Es más, subía a Jerusalén para celebrar la Pascua de aquel año, consciente de que sus enemigos estaban al acecho para prenderle y darle muerte. Conocía incluso la traición que maquinaba uno de sus íntimos, Judas Iscariote. Ninguna sorpresa, pues, cuando después de la Última Cena con sus dis-

cíbulos más queridos ¡los Doce!, en el huerto de Getsemaní, ora al Padre, angustiosamente, incomprendido y dejado sólo por los suyos, que aleje de El aquel cáliz de amargura inaudita, que le estaba esperando y que se iba a consumir inmediatamente. No se resistió ni echó atrás cuando los criados y los soldados del Sumo Sacerdote le prendieron y condujeron brutalmente ante el Sanedrín. Y todo lo que sucedió después –ultrajes, condena a muerte, entrega a Poncio Pilatos, flagelación corona de espinas, la subida al Calvario, cargando con la Cruz, la crucifixión...– tampoco suponía para Jesús algo inesperado y/o sorprendente. A los ojos de los hombres entonces, hoy y siempre, una historia inexplicable; su personaje central, enigmático hasta el extremo. A los ojos de Dios, en cambio, y en el contexto de la voluntad del Padre, que le había enviado al mundo para salvarlo, totalmente normal. No había otra solución para lograr que la falsedad, la superficialidad y el egoísmo de las glorias humanas fueran cambiadas a fondo y radicalmente por la verdad, la hondura y la eternidad de la Gloria de Dios. Los triunfos aparentes del hombre, varados en sus pecados de ansia de poder y de placer, quedaban desenmascarados; terminaban –y terminan– inexorablemente en la muerte: en la muerte temporal, cuando no en la eterna. La victoria del “sufrimiento” del Hijo de Dios, hecho hombre, en cambio, concluye y se corona, por y en la vida, por y en la felicidad eterna, en el gozo de la vida del mismo Dios: –Padre, Hijo y Espíritu Santo–: del Dios que es amor.

No quedaba otra alternativa pues para despejar el horizonte del hombre de la amenaza de una muerte aniquiladora que la del Amor. No se hallaba acaso en el interior mismo del ser humano –de “los hijos de Adán”– el origen y la persistencia de ese terrible mal que ensombrecía su presente y su futuro? ¿No había sido su pecado, es decir, el no reconocimiento del amor de Dios llevado hasta la ruptura de su relación con El, el que había conducido a la humanidad entera a ese abismo de dolor y de muerte en la que se encontraba?

Sólo el amor de Dios misericordiosamente expresado y ofrecido al hombre podría sanar el corazón del hombre y capacitarlo de nuevo para el amor. Y para ello Jesús, que “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos”, se entregó a la muerte y una muerte de Cruz... por Amor. Cargó con los pecados de los hombres y subió a la Cruz, haciendo oblación de su vida al Padre para que se abriese ese nuevo camino del amor misericordioso: del Amor más grande, del amor que supera cualquier intento humano de querer concebirlo y domeñarlo a su medida. ¡No había otro camino para Jesús en aquel primer Domin-

go de Ramos de la historia que el de la oblación de su vida al Padre por amor, el del don de sí mismo: amor de obediencia a su voluntad y amor compasivo y misericordioso para los hombres! Por lo tanto, su único camino era el de la Pasión y de la muerte en Cruz.

También ese es nuestro camino. Jesús crucificado por nosotros es nuestro camino, es nuestra verdad, es nuestra vida. Acoger su perdón, la ternura infinita de su amor en lo más íntimo de nosotros mismos es la solución. Acogerlo por el arrepentimiento de nuestros pecados, sincero y penitente, en el Sacramento de la reconciliación, con el propósito de reemprender los pasos de una vida santa... es de nuevo algo que nos debe urgir y apremiar en la Semana Santa de este año 2007, tan necesitada de conocer de nuevo la experiencia del Amor de Dios, que nos hace capaces de amar al hombre como Dios le ha amado en Cristo: gratuitamente, inmerecidamente, desbordando misericordia. ¡Así, sabiéndonos amados y perdonados, junto a María, la Madre Dolorosa al pie de la Cruz, podemos celebrar con la alegría jubilosa de la Resurrección de su Hijo, nuestro Señor, el triunfo verdadero de la vida inefable, feliz, bienaventurada!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIOS PARROQUIALES

De Nuestra Señora de las Américas: D. Vicente Espulgues Ferrero, Verbum Dei (13-03-2007).

De Jesús Divino Obrero: P. Miguel Ángel García de la Rosa Sánchez. PP. Dominicos (13-03-2007).

PÁRROCO

De Santo Tomás Apóstol: D. Jorge Delgado Argibay (20-2-2007).

De Madre del Buen Pastor: D. Carlos Mario Toro Bedoya, Verbum Dei (2-03-2007).

ADSCRITO

A María Inmaculada y Santa Vicente María: D. José Manuel Granda García (2-03-2007).

Encargado de la creación y puesta en marcha de la parroquia Beata Teresa de Calcuta: D. Bernabé Sanz Grande (20-2-2007).

Coordinador de Catequesis de la Vicaría VI-Suroeste: D. Álvaro Maldonado González (20-2-2007).

Asesor de la Delegación Diocesana de Patrimonio Cultural y Adscrito a la Parroquia de San Ginés: D. Antonio Ignacio Meléndez Alonso (20-2-2007).

Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas ‘San Dámaso’.
Dr. D. Manuel del Campo Guilarte (15-03-2007).

Juez diocesano ‘ad Casum’ del Tribunal Eclesiástico de Madrid. P. Tomás María Ortiz España. O.S.A. (20-03-2007).

Conservador del Patrimonio Histórico Artístico de la Catedral de Santa María la Real de la Almudena de Madrid: M.I. Sr. D. Jesús Junquera Prats (20-03-2007).

SAGRADAS ÓRDENES

El día 31 de marzo de 2007 en la Iglesia parroquial de San Francisco Javier, de Madrid, el Excmo. Y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo titular de Cede Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio M^a Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió el Sagrado Orden del DIACONADO a los religiosos profesos de la Caompañía de Jesús: D. Vicente AZNAR MENGUAL, D. Sergio GARCÍA SOTO, D. Ignacio GONZALEZ SESMA, D. Pablo VEIGA FERNÁNDEZ, D. Carlos RIVAS VITERI, D. Darín SCOTT HENDRICKSON y D. Patrik ZOLI.

DEFUNCIONES

El día 3 de marzo de 2007 ha fallecido el Rvdo. Sr. D. ROMÁN PEDREIRA ANCOCHEA, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Orense el 3-9-1922 y fue ordenado el 5-3-1950. Fue Capellán del Colegio Mayor J. Miguel Guilarte (1960-1970), Profesor de Religión en diversos colegios (1963-1966), Coadjutor de San Marcos (1966-1968), Capellán de la Iglesia de Caballero de Gracia (1968-1991). Incardinado en Madrid el 23-12-1970. Estaba jubilado.

El día 3 de marzo de 2007, falleció Doña CIPRIANA ARANDA, a los 80 años de edad, madre del sacerdote D. José Ramón Fernández Aranda, párroco de San Fulgencio y San Bernardo y Capellán de la Sacramental y de la Ermita de San Isidro.

El día 21 de marzo de 2007 ha fallecido D. AGUSTÍN FRIAS TOMERO, hermano del Rvdo. Sr. D. Mariano de Frías Tomero, sacerdote diocesano de Madrid, párroco de Nuestra Señora del Henar y de la Hermana Carmen de Frías Tomero, de la Congregación Hijas de Jesús (Jesuitinas), secretaria de la Vicaría Episcopal para el Clero.

Ha fallecido, a los 79 años de edad, DOÑA VICTORIA NIEVES HERNÁNDEZ MARTÍN, hermana del sacerdote D. Luis Hernández Martín, diocesano de Madrid que fue Notario del Tribunal Eclesiástico durante varios años, hasta su jubilación y actualmente colabora en la Parroquia de Nuestra Señora de la Estrella.

A finales de marzo de 2007, falleció el Rvdo. Sr. D. LUIS MONTANER PALAO, sacerdote diocesano de Madrid, jubilado. Nació en Murcia el 10-12-1920 y fue ordenado en Roma, el 23-12-1950. Fue encargado de El Plantío (1-7-1951 a 1-10-1951) y ecónomo de Alpedrete (1-10-1951 a 1-7-1954), encargado de Los Negrales. En 1954 se fue a Murcia y fue profesor de matemáticas y Ciencias Naturales en el Seminario de Cartagena. Era hermano del sacerdote D. Luis Montaner Palao, diocesano de Madrid.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. MARZO 2007

19,00 horas, Acto homenaje a D. Ángel Berna (Fundación Pablo VI).

Día 2: Consejo Episcopal.

20,00 horas, Misa en Jesús de Medinaceli.

Día 3: Clausura de la visita pastoral al arciprestazgo de Embajadores. En la parroquia del Purísimo Corazón de María.

Día 4: Misa en el 20 aniversario de la Asociación de 'Amigos del Camino de Santiago'. En la parroquia Santiago el Mayor (c/ Quiñones).

Día 5-8: Roma. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales.

Día 9: Consejo Episcopal.

Día 10: Jornada diocesana de Enseñanza. En el Seminario.

Día 11: Visita a la parroquia de Nuestra Señora de las Fuentes. Encuentro con los niños que salen de la Misa de niños. A las 12,00 horas, preside una Eucaristía.

Colocación de la primera piedra en la parroquia de Nuestra Señora de África (Carabanchel).

Día 12: Conferencia en la Jornada organizada por la Delegación diocesana de Familia y Vida de Córdoba.

Día 13: Consejo Episcopal.

Retiro para sacerdotes.

Día 14: Inauguración de una Unidad de la Fundación San José (Hospital)

Reunión con formadores del Seminario.

Día 15: Charla cuaresmal en el CEU.
Consejo de Cáritas.

Día 16: bendición de la Capilla del Colegio Valdefuentes (en Sanchinarro).

Día 17: Misa y bendición de una imagen en la parroquia del Espíritu Santo y la Araucana.

Día 18: Clausura del proceso del P. Morales (Cruzadas) y Misa.

Día 19: Misa con las Hermanitas de los Pobres (c/ Almagro).

Día 20: Consejo Episcopal.
Entrega de los premios de cine 'Alfa y Omega', en el CEU.

Día 21: Visita al Colegio Nuestra Señora, de las Delicias.
Conferencia en la FUE.

Día 22: visita pastoral al Hospital Doce de Octubre.
Grabación para un vídeo sobre Luis de Trelles.

Día 23: Apertura del Foro Internacional de Manos Unidas, en la Fundación Pablo VI.
Reunión y Misa con coordinadores de la Delegación de Juventud.

Día 24: Jornada de Pastoral Obrera.
Visita organizada por la Fundación Luis de Trelles.
Encuentro de la Misión Joven, con motivo del Centenario del Seminario.

Día 25: Misa en la parroquia del Santo Niño del Cebú.
Vigilia por la Vida.

Día 26: Oficio de Difuntos por Monseñor Eugenio Romero Pose en la Cripta de la Catedral de la Almudena.
Misa de Exequias en la Catedral y posterior enterramiento de Mons. Eugenio Romero Pose en la Cripta.

Día 28: Visita pastoral a la parroquia de San Bartolomé, en Orcasitas.

Días 29 y 30: Pleno del Presbiterio.

Día 30: Misa y procesión en la parroquia de San Raimundo de Peñafort (organizada por la Hermandad de Cristo del Pozo).

Día 31: Clausura de la visita pastoral al arciprestazgo de Orcasitas, en la parroquia de San Bartolomé.

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

**MATRIMONIO DE
D. RAFAEL ADOBES Y D^a GRACIA MARTÍNEZ**

(Catedral-Alcalá, 3 Marzo 2007)

Lecturas: *Tb* 8, 4-8; *I Co* 12, 31—13, 1-13; *Mt* 5, 43-48.

1. Las lecturas, que se han proclamado en esta celebración, nos ofrecen unas enseñanzas muy concretas, que intentaré resumir en tres puntos. En primer lugar, la importancia de celebrar el matrimonio ante Dios.

Cuando Tobías y Sara contraen matrimonio, el marido le dijo a su mujer: «Levántate, hermana, y oremos y pidamos a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos salve» (*Tb* 8, 4). Ambos tienen presente que son creyentes y que no pueden casarse como los paganos, es decir, como los que no creen en Dios.

El creyente se sitúa ante Dios como hijo suyo, como criatura suya; y reza, da gracias a Dios y lo alaba por lo que es y por todo lo que tiene; agradece también a Dios el haberle concedido una persona, que lo acompañe durante toda su vida.

Hoy iniciáis, estimados Rafa y Gracia, una nueva andadura como hijos de Dios, como creyentes. Alabad al Señor lo mismo que Tobías y Sara: «¡Bendito seas tú, Dios de nuestros padres, y bendito sea tu Nombre por todos los siglos de los siglos!» (*Tb* 8, 4).

Pedid al Señor, Creador, Todopoderoso y Dueño del universo, que bendiga vuestra unión; que os acompañe en vuestro caminar. Esta es la oración que nosotros, creyentes que os acompañamos en el día de vuestra boda, hacemos por vosotros: ¡Que el Señor os bendiga; que os fortalezca con su gracia y que os inflame con su amor!

2. Sólo existe un tipo de amor; aunque nuestra sociedad se empeñe en diversificarlo y presentar como amor lo que no lo es. Dios es amor. El que participa del amor de Dios, participa del único amor que existe; y el que no participa de ese amor de Dios, no participa de ningún amor. No se puede confundir el amor con otras cosas, que más bien son sentimientos, gustos, o deseos.

Un matrimonio celebrado cristianamente es aquel en el que Cristo está en el centro y Dios lo sustenta. Os invito a apoyaros en ese único Amor, fuente de todo amor.

Quien no construye su matrimonio sobre Cristo, como fundamento, se parece a aquel «hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina» (*Mt 7, 26-27*), porque su casa se derrumbó y desapareció; no tenía consistencia, ni fundamentos. Por el contrario, el hombre que construyó una casa sobre roca, su casa se mantuvo a pesar de las aguas, y los fuertes vientos (cf. *Mt 7, 24-25*).

Si ponéis vuestro matrimonio y vuestro amor en Dios, estáis colocando el único fundamento válido. ¡Enhorabuena por hacerlo así! Nosotros pedimos para que así sea.

3. En la carta a los Corintios, que ha sido proclamada, se nos ofrece un cántico al amor. No hace falta desglosarlo, porque está muy claro. Las palabras de San Pablo son clarísimas: «El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. El amor no acaba nunca» (*I Co 13, 4-8*). Esta descripción, como veis, nada tiene que ver con las definiciones de amor que nos presenta nuestra sociedad.

El verdadero amor es eterno; ese es el significado del anillo esponsal que os entregaréis mutuamente. El anillo es circular, significando la eternidad de vuestro amor; os profesáis un amor eterno, como el amor de Dios.

No se puede confundir el amor con otras cosas: gusto, simpatía, conveniencia, deseo, proyecto; todas estas cosas se acaban, pero el amor es eterno porque proviene de Dios, que es eterno. Hoy pedimos por vosotros dos, para que lo que empezáis dure hasta la eternidad.

4. Antes de empezar la celebración, saludando a las personas conocidas, he saludado en la puerta de la Catedral al padre de Rafa. Y decía: “Ahora empieza lo bueno para ellos”. Hasta ahora habéis tenido un entrenamiento para conoceros, para sintonizar y para ajustar vuestras diferencias. Para que la convivencia no chirríe, hay que ajustarse, hay que ceder y hay que limar. Como sucede con las piedras del río: los cantos duros y puntiagudos, que pueden cortar, se van limando y redondeando con el roce, para ser más suaves. En el matrimonio hay que limar muchas cosas.

Ahora empezáis a convivir juntos, como dos personas distintas con sus peculiaridades. Cada vez podréis ir sintonizando más vuestras vidas y actuando como dos corazones que laten al unísono, como dos inteligencias que se entienden. Ahora empieza lo bueno para vosotros.

5. (*Este último punto fue pronunciado en valenciano*). Finalmente, quiero terminar reflexionando sobre el Evangelio que hemos escuchado de san Mateo: «Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos?» (Mt 5, 46).

Si uno ama al que le ama, ¿qué mérito hay en eso? Si uno ama a su padre, a su madre, a la esposa, al novio, al amigo, al que le hace bien, al que se preocupa por él, al que le cuida... no tiene gran mérito; también pueden hacer eso incluso los que, por egoísmo, son cariñosos con aquellos que les ayudan; lo pueden hacer asimismo los que no creen en Dios.

La invitación de Jesucristo va más allá: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial» (Mt 5, 44-45). Hay que amar incluso a los enemigos, al que no me quiere bien, al que me pone la zancadilla, al que habla mal de mí, al que va contra mí, al que no piensa como yo. La razón es porque hay que imitar a Dios, que es santo y bueno y ama a todos y hace salir el sol para justos e injustos y hace llover para buenos y malos.

La invitación que hoy tenéis y que yo os transmito de las palabras de Jesucristo es: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). ¡Sed santos porque Dios es santo!

Estimados Rafa y Gracia, ¿estáis dispuestos a asumir a partir de hoy estas enseñanzas de la Iglesia, transmitidas por el Señor? ¿Estáis dispuestos a asumir el matrimonio católico? Si estáis dispuestos, manifestadlo ahora delante de la asamblea cristiana, aquí reunida.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SANTA MARÍA

(Alcalá, 18 Marzo 2007)

Lecturas: *Jos* 5, 9-12; *2 Co* 5, 17-21; *Lc* 15, 1-3.11-32.

El regreso a la casa paterna

1. En este domingo cuarto de Cuaresma la Iglesia nos propone a la consideración la parábola del “hijo pródigo”. La tentación del hijo pródigo es la de todo aquel que, estando bien con su padre, con su familia, con sus necesidades cubiertas, tiene ansia de ser libre, de no tener normas y de vivir a sus anchas.

Parece ser que estar en casa le agobia y cree que no realiza su libertad como él desea; piensa que la presencia de su padre le cohibe. Esta es la tentación de muchos hijos y de muchos jóvenes que creen que, saliendo del ambiente familiar, van a vivir con gran libertad y van a disfrutar de la vida.

Esta es también la misma tentación de algunos creyentes, que piensan que, abandonando la Iglesia, van a vivir a sus anchas y a encontrar la felicidad fuera de la misma. Creen que van a dejar de tener que cumplir los Mandamientos de la ley de Dios.

2. En esta parábola, el hijo pródigo empieza a añorar la casa paterna cuando experimenta la verdad de su situación y se queda sin poder comer,

desnudo, sin que nadie le quiera, sin compañía, alejado de los suyos y de su casa.

Recapacitando y entrando en sí mismo –dice el Evangelio-, se dijo: «Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti» (*Lc 15, 18*). El hijo se ha dado cuenta de su situación y, mirándose hacia dentro de sí, sale finalmente de su egoísmo y cerrazón. Había experimentado en su propia carne que lo que él pensaba que era su libertad se había convertido en una verdadera esclavitud.

3. La conversión del cristiano consiste en salir de sí mismo para acercarse de nuevo al Padre. Sólo de ese modo encuentra el hijo la verdadera libertad y la verdad de su vida.

El hijo de la Iglesia que se ha alejado de ella, porque creía que viviendo según los criterios mundanos iba a ser más feliz, se encuentra ahora vacío, pobre y aislado. Y recapacitando se da cuenta de que los dones y gracias de que disfrutaba antes: la filiación con Dios, su Palabra, la Eucaristía, el perdón y la misericordia divinas, eran de gran valor para su vida.

Análogamente, el hijo de una familia cristiana, que se alejó de casa y ha experimentado que su vida tiene menos sentido que antes, puede también volver a la casa paterna. En su alejamiento ha podido disfrutar de bienes terrenos y satisfacer sus deseos, pero se encuentra vacío. Recapacitando puede regresar al hogar, que abandonó, y gozar de nuevo de la familia, del amor paterno, de los hermanos y de los valores cristianos.

4. San Pablo, en la segunda carta a los Corintios ha dicho: «En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» (*2Cor 5, 20*). Nos invita a volver otra vez a Dios, del que no debimos separarnos nunca; a volver de nuevo a la casa paterna. En ella hay comida, hay calor humano, hay afecto, hay cercanía, hay presencia de amor y hay perdón. Nuestro Padre Dios está esperándonos con los brazos abiertos a que volvamos.

El hijo pródigo es también cada uno de nosotros, cuando pensamos que viviendo según nuestros deseos, vamos a ser más libres y felices. Pero nos damos cuenta de que no es así.

¡En nombre de Cristo, reconciliémonos con Dios! Hoy se nos invita a todos nosotros, a mí el primero, a volver de nuevo a la casa paterna; a regresar junto al Padre, porque su presencia, lejos de quitarnos libertad, nos ofrece lo mejor para nosotros.

5. Ser cristiano e hijo de Dios es vivir con la máxima libertad. El diablo nos tiende una trampa y trata de engañarnos, diciendo: “Serás más libre y feliz y realizarás todos tus deseos”. Pero, en realidad, mis deseos me atan aún más; me hacen esclavo de mí mismo, de mis pasiones, de mi desorden.

Mientras que la cercanía de Dios me da vida y paz interior; me da libertad; me acerca a la verdad de mí mismo, aceptándome como criatura de Dios, que debe regresar a la casa del Padre. Ésta es la invitación que nos hace hoy el Señor.

6. En la lectura del libro de Josué, cuando el pueblo ha salido del desierto y entra en la tierra prometida, es decir, cuando vuelve a la casa paterna, deja de comer maná. El maná era sólo comida para el desierto; una comida sin cuerpo y sin sabor. Pero, cuando el pueblo de Israel deja el desierto y entra en la tierra prometida, come de los frutos de la tierra: leche, miel, carne, frutas, trigo, harina (cf. *Dt 28, 11*).

Cuando nos hemos alejado de Dios, hemos tomado una comida sin sabor, un alimento que cansa comerlo, porque es siempre lo mismo cada día. Mientras que, cuando volvemos a Él, nos alimentamos de su Palabra, de su gracia, de su Eucaristía, de sus gracias. Bebemos de las fuentes frescas de agua viva, a las que el Pastor, Cristo, nos lleva (cf. *Jn 7, 37-38*).

El regreso a la casa del Padre significa un gran cambio a mejor; se pasa de vivir en el desierto, a vivir en la tierra prometida; de vivir alejado de Dios, a vivir cerca de Dios. Esta es la invitación que la Iglesia nos hace a todos, en este domingo cuarto domingo de Cuaresma.

7. Durante la presente semana he realizado la Visita pastoral a esta parroquia de Santa María. He podido encontrarme con los distintos grupos: niños, jóvenes, adultos, matrimonios, catequistas, enfermos. A todos quiero invitaros a volver a la casa paterna, para disfrutar de la compañía del Señor y compartir con los demás el don de la filiación. El amor y la misericordia de

Dios, que habéis experimentado y vivido, os impelen a ser testigos; debemos pregonar la bondad del Señor.

Hay mucha gente en Alcalá, que pasa por delante del templo de Santa María, pero no entra en la casa paterna. Hay muchos que aún están el desierto y no se alimentan de la Eucaristía. Hay muchos que aún están tomando algarrobas con los cerdos, como el hijo pródigo, y no saborean el banquete precioso que Dios les prepara. A todos ellos hay que invitarles al banquete del Señor; a gozar de la presencia del Padre; a disfrutar del amor divino.

Todos somos hijos pródigos, que muchas veces nos marchamos y regresamos; pero el Señor nos espera siempre con los brazos abiertos. En Alcalá sigue habiendo aún muchos “hijos pródigos”, que aún están fuera de la fe. Acojámosles como el Padre bueno.

8. Los cristianos formamos una familia. Vuestro Obispo pide a esta parroquia de Santa María que sea una verdadera familia, donde se viva el afecto fraterno, la comunión, la paz, la auténtica libertad; que esté abierta a todo el que quiera venir; que invite a quien desee compartir la fe.

El Obispo os anima a que pregonéis la Buena Nueva del Señor a quienes están aún en el desierto, lejos de la casa paterna. Os invita a que os forméis en la sana doctrina; a que participéis del banquete eucarístico; a que viváis en profundidad la fe cristiana y podáis dar razón de vuestra fe a los demás (*1 Pe 3, 15*).

Sólo se puede dar razón de la fe si uno se alimenta y crece interiormente. Cuando nos pregunten sobre el sentido del dolor, de la enfermedad y de la muerte, no nos quedemos callados y respondamos con la certeza de la fe. Por eso hay que formarse; hay que escrutarse la Palabra de Dios; hay que conocer el Magisterio de la Iglesia.

Cuando uno se alimenta, sabe responder y dar razón de su esperanza a los demás, siendo testigo del amor que él ha experimentado en su propia vida. Os animo a que sigáis formándoos, celebrando vuestra fe y siendo testigos de ella.

9. En este fin de semana se celebra en toda España el “*Día del Seminario*”. El Señor llama a los jóvenes para pregonar la Buena Nueva y para ser “Testigos del amor de Dios”, como dice el lema de la Jornada.

Todos debemos ser testigos del amor de Dios. Y hemos de procurar que, en la familia de la Iglesia, en nuestras parroquias y en las familias cristianas, los jóvenes encuentren un ambiente propicio para responder positivamente al Señor cuando les llame. Los jóvenes necesitan escuchar la invitación de Dios a entregar su vida por el Evangelio, a consagrarse a Dios como sacerdotes, como misioneros, como religiosos.

Necesitamos más sacerdotes en esta gran Diócesis de Alcalá de Henares, cuya población sigue creciendo y hay que atender muchas parroquias e instituciones.

Animo a todas las familias cristianas a rezar por los jóvenes; a sostenerles en sus dificultades; a colaborar con nuestro Seminario, donde se preparan los jóvenes que van a ser sacerdotes. Toda la comunidad cristiana ha de ponerse en marcha y pedirle al Señor que envíe obreros a su mies.

Y a los jóvenes, que responden a la llamada del Señor, les agradezco su generosidad y les animo a prepararse adecuadamente, para desempeñar el ministerio que un día el Señor les confiará.

10. Os animo, finalmente, a seguir caminando en esta Cuaresma, para celebrar con gozo, en la Pascua, el triunfo de Jesucristo sobre la muerte.

La imagen de la Virgen del Val, Patrona de Alcalá, ocupa hoy un lugar especial en el templo. Esta imagen nos acompaña en la Visita pastoral a cada una de las parroquia de Alcalá. La Virgen María nos lleva de la mano y nos acompaña a la casa del Padre. Cuando nos alejamos de Dios, ella llora e intercede por nosotros, para que regresemos de nuevo al hogar paterno.

Pidamos a la Virgen del Val que nos ayude a volver siempre a la casa del Padre; o mejor aún, que no nos alejemos jamás de nuestro buen Padre-Dios. ¡Que ella, con su maternal solicitud, nos cuide, nos mime e interceda por todos nosotros! Amén.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA CON MOTIVO DE LA “III SEMANA DE LA FAMILIA”

(Catedral-Alcalá, 27 Marzo 2007)

Lecturas: *Nm* 21, 4-9; *Jn* 8, 21-30.

Promover la familia y cuidar de la vida humana

1. La lectura del libro de los Números, que acabamos de escuchar, relata la peregrinación del pueblo de Israel al salir de Egipto y marchar por el desierto a la Tierra Prometida. Se trata del episodio de las mordeduras de serpiente.

El pueblo era mordido por serpientes venenosas y la gente moría (cf. *Dt* 21, 6). Y la solución que Dios le ofreció a Moisés fue la de hacer una serpiente de bronce para que la gente la contemplase: Al hacerlo, quedaban curados y salvos.

Este episodio nos remite a Cristo en la cruz, que nos salva de nuestros pecados y de las mordeduras mortales. La serpiente de bronce es imagen de Cristo en la cruz, el cual sana a quienes han sufrido las mordeduras de serpiente, al contemplarlo y adorarlo como Dios.

También hoy, en nuestra sociedad de desierto, hay mordeduras mortales que hacen perder el sentido genuino de la vida. Mucha gente, influida por “slogans”, por los medios de comunicación o por ideologías inmanentes se halla en “desierto

espiritual”. La familia cristiana está siendo mordida hoy con veneno mortal; hay familias que se rompen y se pierden a causa de esas mordeduras mortales. Y no se trata de algo simbólico, sino real.

2. Al igual que el pueblo de Israel en el desierto mira la serpiente de bronce, el pueblo cristiano mira a Jesús, para quedar sano de sus heridas y mordeduras mortales. La Iglesia nos invita a que miremos al crucificado-resucitado; no hay otra forma de quedar sanos. Sólo la contemplación de Jesucristo, que ha vencido la muerte y el pecado, es capaz de sanarnos. Preparémonos para celebrar la Semana Santa, ya cercana, en la que contemplaremos la Pascua de Cristo.

Jesucristo es el Salvador del hombre; sólo Él salva del pecado, del desierto, de la inanición, de las mordeduras mortales y de todos los peligros que acechan al hombre hoy.

3. El quinto domingo de Cuaresma nos ha presentado el diálogo de Jesús con la mujer pecadora. Ella había sido sorprendida en flagrante adulterio y, según la Ley, debía morir apedreada (cf. *Jn* 8, 3-4). Nadie se escandalizaba de esta norma; más bien todos la aceptaban, como lo más normal de mundo. Esa Ley estaba manifestando una mentalidad acrítica, que aceptaba como válido lo que dijera la Ley, fuera justo o no. Se consideraba que lo que la Ley autorizaba era bueno y se podía hacer.

Sin embargo, Jesús no condena a la pecadora. Más aún, hace una propuesta nueva: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra» (*Jn* 8, 7). Este reto de Jesús no estaba previsto en la Ley. Naturalmente se marchan todos, empezando por los más ancianos (cf. *Jn* 8, 9) y no quedó ni uno solo para apedrearla.

Esta es la novedad radical que trae Jesús: una nueva manera de concebir las relaciones humanas; el respeto a la vida humana; la igualdad entre el hombre y la mujer. Sólo Dios es dueño de la vida; y ningún ser humano puede arrogarse el poder sobre la vida; ni siquiera las leyes que hacen los hombres.

4. Dos mil años después seguimos teniendo unas leyes que no respetan la vida humana en todas sus fases; parece que hemos adelantado muy poco. Nuestras leyes actuales permiten matar impunemente a un niño en el seno materno.

La referencia a Jesucristo es siempre criterio válido para todas las épocas; su estilo nos hace cambiar la realidad y renueva nuestras anquilosadas costumbres. Jesús nos dice que muchas leyes no tienen sentido, porque no respetan al hombre. Podemos equivocadamente pensar que muchas cosas, que hacemos, son normales, porque todos las hacen y la ley las permite. Pero hemos de revisar esas actuaciones, normas e ideologías a la luz de Jesucristo. Él es la única piedra de toque.

Además de las leyes que no respetan la vida, existen en nuestra sociedad otras leyes, que son como mordeduras mortales de serpiente, que van en contra de la familia. No quiero entrar ahora en detalle, porque son conocidas de todos. Lo penoso es que incluso algunos cristianos las consideran normales.

Pero las leyes han de ser contrastadas e iluminadas desde la fe cristiana, desde Cristo, único criterio para iluminar la vida del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22).

5. En el evangelio de Juan, proclamado en esta celebración, se hace referencia a la serpiente de bronce, levantada en el desierto. Jesús dice: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy» (*Jn* 8, 28). Cristo es levantado en la cruz, como aquella serpiente de bronce.

Al mismo tiempo Jesús expresa su filiación y su dependencia del Padre (cf. *Jn* 8, 26-28); filiación que vive con gozo y en profundidad, porque está siempre pendiente de su Padre. Después nos lo regalará como Padre nuestro, pero su relación de filiación con el Padre es única (cf. *Mt* 18, 35); nosotros seremos, más bien, hijos adoptivos (cf. *Jn* 20, 17).

En esta celebración por la familia tenemos presente no solamente a la Sagrada Familia de Nazaret, sino a Santa Trinidad y a la relación de filiación de Jesús con su Padre-Dios. En Dios, que es amor y es relación amorosa entre Tres Personas, la relación de amor intratrinitaria es el modelo máximo para la vivencia del amor humano.

Tenemos muchos motivos para vivir la familia según el designio de Dios y para respetar y promover la vida según la voluntad de Dios.

6. En la celebración de la Tercera Semana de la Familia y de la Vida en nuestra Diócesis, queremos apostar por ambas. La familia va unida a la vida, por-

que aquélla tiene como misión la transmisión y la salvaguarda de la vida humana. Familia y vida son inseparables.

Jesucristo ha donado su vida en la cruz, para que los hombres tengamos vida. Él ha vivido la filiación divina, aceptando el suplicio de la cruz por obediencia (cf. *Flp* 2, 7-8). Él ha sido un gran ejemplo para todos nosotros.

Las relaciones familiares, esponsales y paterno-filiales, vistas desde Jesús y desde su filiación con el Padre, adquieren una virtualidad y una potencialidad incalculable.

7. Las familias cristianas en nuestra sociedad son necesarias e imprescindibles. Si no existieran familias cristianas, nuestra sociedad sería mucho más caótica y estaría abocada hacia su autodestrucción; porque, siguiendo las leyes actuales sobre la familia y sobre la vida humana, esta sociedad se autodestruye. Ha habido imperios y sociedades que han desaparecido, porque estaban corrompidas moralmente.

Queridísimas familias cristianas, sois necesarias en nuestra sociedad, para mantener el amor familiar; para cultivar la vida humana y respetarla desde el primer instante de su concepción hasta la muerte natural; para contrarrestar todos los ataques contra la vida humana; para dar un sentido trascendente a la vida.

¡Seguid viviendo como familias fundamentadas en el amor de Dios! ¡Seguid protegiendo y conservando la vida humana, fundamentada en Dios!

Tenéis una altísima misión: favorecer la vida; contrarrestar las leyes inicuas y el estilo de vida inmoral de una sociedad y de una cultura, a la que el Papa Juan Pablo II llamó muchas veces “cultura de muerte” (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1.I.2001, n.9).

Vuestra presencia puede aportar vida, gozo y luz a nuestra sociedad. ¡Ánimo, queridas familias cristianas! ¡Os necesitan los mismos que os critican y vituperan! ¡Sois, pues, necesarios! Estáis llamados a ser testigos del amor de Dios entre los hombres. Que así sea.

COLACIÓN DE LOS MINISTERIOS DE LECTOR Y ACÓLITO

(Capilla del Palacio episcopal-Alcalá, 31 Marzo 2007)

Lecturas: *Ez* 37, 21-28; *2 Tm* 3, 14-17; *Jn* 11, 45-56.

1. El Señor reúne a los hijos de Israel

1. Hemos escuchado, en la lectura que la Liturgia nos presenta en este sábado de la última semana de Cuaresma, la profecía de Ezequiel. Quisiera detenerme en tres puntos.

El primer punto de la profecía, que se cumplió, fue la reunión de todos los hijos dispersos. El Señor prometió por boca de Ezequiel: «Voy a recoger a los israelitas por las naciones adonde marcharon, voy a congregarlos de todas partes y los voy a repatriar» (*Ez* 37, 21). Eso se cumplió en el pueblo de Israel: el Señor les concedió la Tierra Prometida e hizo de ellos una nación santa.

2. Esa profecía también se ha cumplido en cada uno de nosotros y en cada uno de vosotros, estimados candidatos a los ministerios. El Señor os ha convocado y os ha hecho cristianos; os ha hecho pertenecer a la patria de la Jerusalén terrestre y celeste, que es la Iglesia. Todos los cristianos pertenecemos a ella por gracia, por llamamiento o convocación.

La “*ecclesia*” del antiguo pueblo de Israel se convierte en la nueva “*ecclesia*” en el Nuevo Testamento; es decir, en la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia de los convocados, la familia de los hijos de Dios. Y a ella pertenecemos todos los bautizados.

3. A partir de hoy se os va a confiar un ministerio en esta Iglesia. A los lectores, que proclamaréis la Palabra del Señor, sobre todo en las acciones litúrgicas, el Señor os pide que convoquéis la asamblea; que llaméis a la gente a formar parte de esa “*ecclesia*” o convocación. El ministerio, que se os confía, es para servicio de los demás; se os encomienda que proclaméis la Palabra de Dios para los demás fieles.

Todos buscamos nuestra pequeña patria. Cuando Ezequiel dice: «los voy a repatriar» (*Ez 37, 21*) está significando que quiere hacerlos volver a su patria de origen, a Jerusalén; no van a marchar a otra patria distinta. La única patria es la que el Señor nos ofrece. La única familia, la única Iglesia es la de Jesucristo.

Cuando nosotros buscamos nuestra propia patria, en realidad nos autoexiliamos y salimos de la verdadera patria. La profecía de Ezequiel es una invitación a que volvamos todos a la verdadera patria, al regazo paterno de Dios, del que nunca debimos haber salido. A vosotros, candidatos al ministerio de lector, se os invita a que animéis a otras personas a volver a esta patria. Vais a proclamar la Palabra de Dios en la celebración, convocando a la gente y llamándoles para que regresen a su patria de origen.

2. Purificación de los fieles y perdón de los pecados

4. Un segundo punto de la profecía de Ezequiel, que también se ha cumplido, es la purificación de los fieles y perdón de los pecados. Dice la profecía: «No volverán a contaminarse con sus ídolos y fetiches y con todos sus crímenes. Los libraré de sus pecados y prevaricaciones, los purificaré: ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios» (*Ez 37, 23*).

Para reunirnos con el Señor hace falta una purificación de nuestros pecados. Es necesario salir de la propia patria, es decir, del exilio y de la esclavitud en la que nos hemos metido, buscando equivocadamente la felicidad. Sucede como en la parábola del hijo pródigo, que se marchó de casa y buscó su propia patria; cuando

se dio cuenta que aquello era caótico, regresó a la casa paterna pidiendo perdón a su padre (cf. *Lc 15*, 11-21).

5. El Señor nos purifica y perdona nuestros pecados y prevaricaciones. Él nos ofrece el abrazo paterno de perdón y de misericordia. Estamos en tiempo cuaresmal y vamos a celebrar dentro de poco la gran fiesta de la Pascua. El Señor quiere que nos purifiquemos.

Para entrar de nuevo en la patria hay que estar limpios. Para participar del banquete del Señor es necesario ir con el traje de fiesta. En la parábola del “Banquete de bodas” el rey encontró a uno que no llevaba el vestido de fiesta y lo mandó echar fuera, a las tinieblas (cf. *Mt 22*, 11-13). Para regresar a la casa paterna, hemos de hacerlo con un vestido nuevo.

Cuando el hijo pródigo volvió a casa, su padre mandó a los criados: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies» (*Lc 15*, 22). Sólo así se puede entrar de nuevo a la casa paterna, que significa la morada de Dios: «Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (cf. *Ez 37*, 27). Así sucedió con el pueblo de Israel; y así sucede con cada uno de nosotros, cuando regresamos junto al Padre misericordioso. En esta Cuaresma el Señor nos invita a volver a Él; a volver al Padre, purificados de nuestros pecados.

6. A vosotros, estimados seminaristas, cuando hoy se os confieran los ministerios de lector y de acólito, se os invitará a que animéis a los demás a acercarse, purificados y limpios, al banquete de la casa paterna. El acólito servirá el banquete eucarístico; y los lectores proclamaréis las parábolas de la misericordia de Dios.

Preparaos ya desde ahora para ejercer, en su momento, el sacerdocio ministerial. No sois aún los ministros del perdón y de la Eucaristía; pero estáis en camino, acercándoos gradualmente y preparándoos para el ministerio, que un día os confiará la Iglesia en la ordenación sacerdotal. Os invito a que, desde ahora, lo hagáis de una manera especial.

Cuando proclaméis la Palabra, cuando distribuyáis el Cuerpo de Cristo, cuando sirváis al altar, pensad que es al Señor a quien servís, y es Él quien nos invita a todos a participar de ese banquete, con el corazón convertido.

3. Alianza eterna de amor

7. El tercer punto de la profecía de Ezequiel se refiere la alianza eterna, que Dios realiza con su pueblo. Es una alianza de paz y de amor: «Concluiré con ellos una alianza de paz, que será para ellos una alianza eterna. Los estableceré, los multiplicaré y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre» (Ez 37, 26).

El Señor hizo una alianza de amor con el pueblo de Israel; realizó una alianza nueva y eterna con el nuevo pueblo de Israel, que es la Iglesia; y la perpetúa con cada uno de nosotros.

La alianza de amor necesariamente es una alianza eterna. No cabe una historia de amor, si no es eterna. También la alianza matrimonial, celebrada sacramentalmente y con verdadero amor, es una alianza eterna; si se rompiera y no fuera eterna, significaría que no estaba fundamentada en el amor.

8. La alianza que Dios ha comenzado con vosotros también es una alianza eterna. Dios se compromete eternamente. El Señor desea establecer con vosotros esta alianza eterna y desea que la llamada al ministerio sea para siempre. Lo que el Señor inicia hoy en vosotros, quiere que sea eterno. Pedimos al Señor que lo que hoy inicia en vosotros llegue a su plenitud, hasta el final de vuestra vida.

Está en vuestras manos cultivarlo, para que sea para siempre y dure toda vuestra vida. ¡Que la gracia, que recibís hoy, no sea una lluvia de nube pasajera, sino una lluvia continua, perenne, que empape vuestro corazón y lo haga arder de amor por el Señor y por los demás!

9. Dios quiere estar cerca de vosotros: «Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Ez 37, 27). El Señor os cuida y vosotros le responderéis fielmente, con cariño y con ilusión, durante toda vuestra vida. Él quiere ser nuestro único pastor: «Mi siervo David será su rey, el único pastor de todos ellos; obedecerán mis normas, observarán mis preceptos y los pondrán en práctica» (Ez 37, 24).

No tengáis ya otros pastores; vuestro Pastor y vuestro amor es Cristo, y a partir de hoy de una manera especial. No hay más maestros, no hay más dirigentes, no hay más dioses, no hay más jefes en vuestro corazón que el Señor Jesús. Y si los hubiere, aún estamos a tiempo de purificarnos.

Que las tres profecías de Ezequiel, que hemos comentado, se cumplan en cada uno de nosotros. Y hoy pedimos para que se cumplan de manera especial en vosotros cuatro, que vais a recibir el acolitado y el lectorado: Eduardo, Miguel-Ángel, Álvaro, Juan-Jesús y José-Luís.

4. Leer, meditar y escrutar la Sagrada Escritura

10. En la segunda carta a Timoteo San Pablo nos ha dejado una invitación: «Permanece en lo que has aprendido y se te ha confiado, sabiendo de quién lo aprendiste» (2 Tm 3, 14). Subyace aquí la misma idea que en la alianza eterna. ¡Permaneced en la fe, que la Iglesia os ha transmitido! ¡Permaneced en el amor, que el Señor ha iniciado en vosotros! ¡Permaneced en el ministerio, que hoy se os confía! ¡Permaneced en lo que habéis aprendido y sed asiduos lectores de la Sagrada Escritura!

La Palabra de Dios es una fuente inagotable de vida. Os haría hoy muchas propuestas de lectura, escrutinio, reflexión, meditación y contemplación de la Sagrada Escritura. ¡Ejercitaos en la “*lectio divina*”! Os animo a realizar una lectura continuada de la Sagrada Escritura y a practicar la “*lectio divina*”, para empaparos de esa fuente inagotable que es la Palabra de Dios.

11. La Virgen María supo acoger en su vida la “Palabra de Dios” y quedó transformada. Ella, que lo ha realizado de modo admirable y ejemplar, os acompañe en la meditación asidua de la Palabra salvadora. ¡Que María os ayude a ser buenos ministros de la Palabra y del altar!

¡Y que celebremos esta Semana Santa con un corazón purificado y con ganas de resucitar con el Señor! Que así sea.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

CRÓNICAS

20 de marzo: Jornada Sacerdotal

El día 20 de marzo, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar una Jornada Sacerdotal presidida por el Obispo Diocesano.

Se inició la Jornada con un tiempo dedicado a la oración en común. A continuación se pasó a tener una sesión de trabajo y reflexión acerca del fenómeno de la inmigración en nuestra Diócesis y su tratamiento pastoral, cuya exposición estuvo a cargo de la Delegación de pastoral Social, en concreto de los responsables del Secretariado de Migraciones.

Después tuvo lugar un enriquecedor diálogo con los sacerdotes.

Concluyó el Sr. Obispo agradeciendo la labor llevada a cabo por esta Delegación, y animando a los presentes a seguir trabajando con entusiasmo ante esta realidad pastoral.

Por último, se dieron una serie de avisos desde las distintas Delegaciones y Secretariados. Terminando con una comida fraterna.

Secretariado Diocesano de Catequesis

Durante los meses de febrero y marzo se han venido desarrollando los cursos de formación para los catequistas de iniciación cristiana, jóvenes y adultos en todos los arciprestazgos de la diócesis que lo han solicitado a la Delegación diocesana.

Con el objetivo de promover una formación que capacite para comunicar el mensaje evangélico, en la actual situación, a través del intercambio de experiencias catequéticas los temas que han sido tratados han sido los siguientes:

- La Familia en la pastoral de la iniciación cristiana, P. Jesús de la Cruz Tolodano
- La iniciación cristiana proceso para llegar a ser cristiano, P. Luis Uribe Zulueta
- Identidad y espiritualidad del catequista, D. José Manuel Fuertes Corral.
- La iniciación cristiana: Análisis y perspectivas pastorales, D. Iván Bermejo Jiménez.

Han participado 200 catequistas destacándose una mayor participación en los arciprestazgos de Arganda del Rey y Vega del Jarama.

La evaluación de los cursos ha sido muy positiva ya que en todos ellos se reconoce la necesidad pastoral de la formación y se acoge con gratitud la posibilidad de realizar los cursos en el propio arciprestazgo.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO MARZO 2007

Día 1. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 2. Audiencias.

Día 3. Preside la Eucaristía con motivo del matrimonio de Rafael Adobes y Gracia Martínez (Catedral-Alcalá).

Día 4. Administra la Confirmación en la parroquia de la Asunción de N^{ra}S^a (Villalbilla).

Día 5. Preside la Eucaristía en la Comunidad religiosa de Siervas de María (Alcalá).

Días 6-7. Audiencias.

Día 8. Reunión del Consejo episcopal.

Días 9-11. Reunión en Milán.

Día 12. Visita pastoral a la parroquia de Santa María la Mayor (Alcalá).

Día 13. Por la mañana, reunión de arciprestes.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Santa María la Mayor (Alcalá).

Día 14. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Santa María la Mayor (Alcalá).

Día 15. Por la mañana, reunión del Consejo episcopal.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Santa María la Mayor (Alcalá).

Día 16. Visita pastoral a la parroquia de Santa María la Mayor (Alcalá).

Día 17. Audiencias.

Día 18. Preside la Eucaristía estacional con motivo de la Visita pastoral a la parroquia de Santa María la Mayor (Alcalá).



Día 19. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 20. Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene-Alcalá).

Día 21. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 22. Actividad académica en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Día 23. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, asiste a la presentación del libro “*Guillermo Roviroso. ¡Ahora más que nunca!*” (Biblioteca Municipal-Alcalá).

Día 24. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 25. Administra el Sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Juan Evangelista (Torrejón).

Día 26. Por la mañana, convivencia de sacerdotes jóvenes (Becerril de la Sierra-Madrid).

Por la tarde, asiste al funeral de Mons. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid (Catedral Almudena-Madrid).

Día 27. Por la mañana, convivencia de sacerdotes jóvenes (Becerril de la Sierra-Madrid).

Por la tarde, preside la misa con motivo de la “Semana de la Familia” (Catedral).

Día 28. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 29. Por la mañana, visita dos sacerdotes enfermos (Madrid).

Por la tarde, encuentro con los profesores de Religión católica (Palacio Obispado-Alcalá).

Por la noche, asiste al Festival protagonizado por el grupo focolarino “Gen Verde” (Polideportivo de “El Val”-Alcalá).

Día 30. Audiencias.

Día 31. Preside la celebración eucarística con motivo de la colación de los Ministerios de Lector y Acólito (Capilla del Palacio episcopal-Alcalá).

Camino hacia la Pascua: el Padre misericordioso.

Homilía del Obispo de Getafe, D. Joaquín M^a López de
Andújar, el domingo IV de Cuaresma

En el camino cuaresmal vamos avanzando hacia la luz de Cristo resucitado. Y en este cuarto domingo la liturgia nos pide que apresuremos nuestros pasos para celebrar las próximas fiestas pascales con fe viva y entrega generosa. Así se lo hemos pedido a Dios en la oración propia de este día: *“Señor que reconcilias a los hombres contigo por tu Palabra hecha carne, haz que el pueblo cristiano se apresure, con fe viva y entrega generosa, a celebrar las próximas fiestas pascales”*. Y para que nos sintamos confortados en medio de las dificultades del camino hoy la Palabra de Dios nos invita a contemplar la misericordia entrañable de nuestro Dios. *“Gustad y ved qué bueno es el Señor... contempladlo y quedaréis radiantes... si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y lo libra de sus angustias”* (S. 33).

El evangelio que hemos proclamado nos ofrece una de las parábolas más bellas que nos han conservado los evangelistas: la parábola del hijo pródigo o, más bien podríamos decir, la parábola del padre misericordioso, la parábola del padre bueno. Es una parábola pronunciada por Jesús en un contexto polémico. Los escribas y fariseos no entienden a Jesús, no quieren entenderle. Les resulta poco menos que escandalosa la benevolencia de Jesús con los pecadores y su trato amistoso con ellos. Murmuran contra Él diciendo: *“Este acoge a los pecadores y*

come con ellos” La parábola del “hijo pródigo” es la respuesta de Jesús a estas murmuraciones.

En la primera parte de la parábola los protagonistas son el padre y el hijo menor; en la segunda parte los protagonistas son el padre y el hijo mayor. **La conclusión de la parábola, donde aparece clara su intención, es la defensa que el padre hace de su proceder con el hijo malo ante el hijo supuestamente bueno. Y más en concreto, la defensa que hace Jesús de su proceder con los publicanos y pecadores ante los escribas y fariseos. Dice el evangelio que los publicanos y pecadores se acercaban al Señor para oírle. Jesús es el santo de Dios, el reflejo de la gloria del Padre. De su persona brota, como de un manantial inagotable la bondad y la comprensión sin límites. Los pecadores y la gente que lleva una vida irregular y que es consciente de que su vida no está a la altura de lo que Dios quiere de ellos se siente cautivada por la actitud acogedora de Jesús; mientras que los fariseos, representantes del poder y de la cultura dominante, muy seguros de sí mismos, se sienten escandalizados.**

La parábola es una invitación a acudir a Jesús con plena confianza. Todos somos pecadores. Todos sabemos que nuestra vida está muy lejos de lo que estamos llamados a ser. Todos hemos abandonado en muchos momentos la casa del Padre y hemos despilfarrado malamente la herencia preciosa que un día recibimos. Y, quizás ahora, todavía, por nuestra negligencia y abandono, seguimos estando lejos de la casa del Padre y seguimos dilapidando la herencia gastando nuestras energías en cosas y en modos de vivir que, en el fondo, nos producen hastío y que, al final, como al hijo menor de la parábola, nos hacen sentir solos, vacíos y desilusionados.

Pero el hijo menor de la parábola no puede soportar más ese vacío y decide regresar. Está muerto de hambre. Y su hambre no es sino el reflejo del hambre de mucha gente o quizás de muchos de nosotros: hambre de amor, hambre de conocer la verdad, hambre de valores espirituales. El primer efecto del pecado es la tristeza y la soledad. Cuando uno se aleja de Dios su vida se convierte en un desierto.

Pero Dios nunca abandona al hombre. “*Nuestro Dios - dice el salmo - es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en clemencia*” (S. 144, 8). Pocas veces el amor compasivo de Dios Padre ha sido expresado de forma tan

conmovedora como en la parábola del hijo pródigo. Toda la parábola nos habla del amor divino a la humanidad. Un amor incondicional, un amor siempre fiel, un amor que existe desde el principio y existirá para siempre. En esta parábola el pecado y el perdón se abrazan, lo divino y lo humano se hacen uno: es el encuentro entrañable entre la misericordia del Padre y la herida, todavía abierta, del pecador arrepentido. En esta parábola, podemos decir que lo más divino, el amor de Dios, está captado y expresado en lo más humano: en el abrazo de un padre y de un hijo, que han estado separados y al fin se encuentran. En la parábola vemos la compasión infinita, el amor incondicional y el perdón eterno brotando de un Padre que es el Creador del universo. Lo humano y lo divino, lo frágil y lo poderoso, lo viejo y lo eternamente joven están plenamente expresados en ese abrazo entre el padre y el hijo. Es el abrazo del perdón que Jesús ofrece a los pecadores. Un abrazo que sigue vivo y eternamente presente en la Iglesia mediante el sacramento de la reconciliación. Cuando con verdadero arrepentimiento nos acercamos a Cristo, vivo en la Iglesia, confesando con dolor nuestros pecados se produce ese abrazo de la misericordia divina que, como al hijo menor de la parábola, nos hace renacer a una vida nueva. Por eso dirá el apóstol Pablo, como hemos escuchado: *“El que es de Cristo, es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado”* (2 Cor. 5,17)

En la segunda parte de la parábola entra en escena la “lógica” humana del hermano mayor, que es muy diferente de la lógica divina. Estaba el hermano mayor en el campo y, al volver a casa, oyó la música y el griterío. Llamando a uno de los criados, éste le dijo: ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano. Él se irritó y no quería entrar.

En esta segunda parte de la parábola asistimos a la airada protesta de los escandalizados fariseos que hablan por boca del hijo mayor. No quiere entrar en la casa y sumarse al regocijo del padre. Este hijo mayor tenía, en cierto modo, razón. Sus argumentos tienen una lógica: “De modo que mi hermano se marcha de casa, se lleva la herencia, se gasta todo en orgías, vuelve a casa sin nada y mi padre le recibe con todos los honores, le viste con la mejores galas, le pone el anillo, le calza y manda matar para él, el ternero cebado”. Este hijo mayor tenía su parte de razón. **Tenía razón, sí. Pero no tenía amor.**

Con esta parábola, Jesús nos está queriendo decir que Dios es Amor. Un amor que supera toda lógica humana. Un amor que se convierte en perdón y que abre las puertas al pecador para que, reconociendo su pecado, pueda comenzar una vida nueva.

El padre trata de convencer al hijo irritado: “hijo, tu siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas... tal vez nunca te di un cabrito para comerlo con tus amigos, pero tu felicidad no puedes ponerla ni en la comida con tus amigos, ni en la fiesta, ni en las cosas, tu felicidad consiste en estar conmigo. Tu estás siempre conmigo y todas mis cosas son tuyas y las tuyas mías”.

Ahora nosotros podemos también reflexionar, a la luz de la parábola, y llegar a comprender que la verdadera felicidad no podemos ponerla en cosas efímeras. La verdadera felicidad consiste en vivir con Cristo. “*Para mí la vida es Cristo*”(Fil. 1, 21), dirá S. Pablo. La verdadera felicidad consiste en vivir con Cristo el amor del Padre y contemplar el mundo con la misericordia del Padre, viviendo con el Padre el gozo del encuentro con el que se siente perdido. El padre de la parábola concluye su diálogo con el hijo mayor diciendo: “hijo, convenía hacer una fiesta porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado.”

En esta parábola, Jesús nos revela el Rostro amoroso de Dios. Nos muestra el corazón de Dios y su amor a los que están perdidos y buscan un hogar. Y, al mismo tiempo, nos invita a los que ya hemos encontrado en la Iglesia ese hogar, a participar en ese amor. Nos invita a ser instrumentos y cauces de ese amor. Jesús quiere que seamos en el mundo prolongación de ese amor: sacramento y signo de ese amor. Y, de esta manera, por el don del Espíritu Santo, convertimos en misioneros y evangelizadores. En esta parábola Jesús nos propone: “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso, tened entrañas de misericordia con todos aquellos que, como el hijo menor, se sienten perdidos y sin hogar y también con aquellos que, como el hijo mayor, no han conocido todavía el gozo de vivir en la casa del padre y su corazón no es capaz de perdonar”. Esta es nuestra vocación: ser instrumentos de la misericordia del Padre, ser sacramento de la paternidad amorosa de Dios.

Y es que, cuando Jesús nos habla de la misericordia del Padre no lo hace sólo para mostrarnos lo que Dios siente por cada uno de nosotros. No lo hace sólo para decirnos que Dios perdona nuestros pecados y nos ofrece una vida nueva. Sino que también lo hace para invitarnos a ser como el Padre. Nos invita a vivir, en Cristo, el amor de Dios a los hombres: nos llama a seguir a Cristo, en quien se revela el amor infinito de Dios. Jesús nos revela, en su persona, y nos habla en sus parábolas de la misericordia del Padre para que nosotros seamos tan misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.

Si en la historia del hijo pródigo viéramos solamente la historia de un pecado, de un arrepentimiento y de un perdón y nos quedáramos sólo en eso, en el fondo nos resignaríamos a instalarnos cómodamente en nuestra debilidad esperando que Dios estuviera continuamente cerrando los ojos, como un padre tolerante y bonachón, dejándonos entrar en la casa a pesar de nuestras fechorías. Pero ciertamente este mensaje sentimental y blando no es el mensaje del evangelio.

A lo que nos invita el evangelio, tanto si somos como el hijo menor, rebeldes y licenciosos, como si somos como el hijo mayor, rencorosos y resentidos, es a hacer verdad en nuestras vidas nuestra condición de hijos arrepentidos y perdonados. Porque siendo hijos seremos también herederos. Así nos lo dice S. Pablo: *“El Espíritu de Dios se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios y si somos hijos de Dios somos también herederos de Dios y coherederos con Cristo, de tal manera que si ahora padecemos con Él, seremos glorificados con Él”* (Rom. 8,16-17).

Y así, siendo hijos y herederos, seremos también sucesores, es decir continuadores en el mundo de la obra del Padre. Cada uno de nosotros está destinado a estar en el lugar del Padre: está llamado a ser imagen del Padre, está llamado a ser con Cristo, en la Iglesia, imagen viva del Padre compasivo y misericordioso.

Esta invitación a vivir con Cristo y en Cristo, el amor del Padre es lo que nos mueve a la misión evangelizadora. Evangelizar es anunciar la Buena Nueva del amor del Padre, es acercarse a los que están perdidos para mostrarles el camino hacia el Padre y celebrar con ellos el banquete de la reconciliación con Dios y con los hombres.

La Diócesis de Getafe, junto con las Diócesis de Madrid y de Alcalá de Henares está viviendo con entusiasmo este año la Misión-Joven. En ella, los jóvenes que han conocido a Cristo y viven ya la alegría de estar en el hogar del Padre de la misericordia, se están convirtiendo este año en los mensajeros del Evangelio para hacer llegar la noticia del amor de Dios a esa gran multitud de jóvenes que viven en estos momentos confusos y aturcidos, sin saber cómo orientar sus vidas hacia el bien y la verdad.

Pedimos al Señor, en esta Eucaristía que llene a estos jóvenes misioneros, algunos de los cuales participan hoy con nosotros en esta Eucaristía, de fortaleza apostólica para vencer todas las dificultades y que abra los corazones de aquellos

que, sintiéndose perdidos como los dos hijos de la parábola, puedan descubrir en Cristo la fuente de donde brota una vida llena de belleza, de luz y de esperanza.

Pedimos también el gozo del Espíritu para los jóvenes que se preparan en nuestros seminarios para ser sacerdotes. Aunque es mañana cuando se celebra el día del Seminario, algunas diócesis por no ser mañana día festivo lo han adelantado al día de hoy. Que nuestros seminaristas se preparen como dice el lema de este día para ser verdaderos “testigos del amor de Dios”. Que el Señor mantenga fieles y generosos en su vocación a los que escucharon su llamada y que ayude a vencer los miedos y resistencias a aquellos que, habiendo escuchado la llamada, aún no se han atrevido a responder.

Y que la Virgen María, nuestra Madre, nos acompañe y proteja en nuestro camino hacia Cristo y ella que es Madre de Misericordia, interceda por nosotros para ser apóstoles valientes y testigos auténticos del infinito amor de Dios a los hombres.

SR. OBISPO AUXILIAR

Homilía del Obispo Auxiliar D. Rafael Zornoza Boy con motivo de la Festividad de San José, el Día del Seminario, 19 de marzo de 2007

Se han publicado libros donde muchos sacerdotes contaban su vocación. Cada caso ha sido distinto: uno fue al seminario porque un cura moribundo le pidió que ocupase su puesto; otro porque se compadeció de la perdición de la gente; a otro, desde su niñez unida a Dios, le parecía lo más lógico. Unos se decidieron jóvenes, otros adultos. Había trabajadores, estudiantes, profesionales cualificados... Igual que hoy. Todos son diferentes, pero cada uno había experimentado la llamada de Dios, frecuentemente a través de alguien. Cada vocación es un misterio. A pesar de todo, se pueden contar estos hechos. Pero lo que **nadie podrá decir es cuánta oración, qué sacrificios y qué ofrecimientos hay detrás de cada vocación**. Eso lo sabremos sólo en el cielo. ¿A quién debemos cada uno nuestro sacerdocio?

Queridos amigos míos: **hoy es el día del seminario** para recordarnos que nuestra oración, y el culto de nuestra vida ofrecida a Dios tiene un inmenso valor unido al sacrificio de Cristo. Hemos de **“suplicar al Señor de la mies que envíe obreros a su mies”** (Mt 9, 38), que llame a muchos a servir a Dios y a los hombres en el sacerdocio. Queremos agradecer a Dios este inmenso regalo que sólo a Dios corresponde otorgar. Pero el Señor pide **nuestra colaboración** porque este precioso don hay que valorarlo, desearlo, pedirlo, predicarlo y fomentarlo.

Cristo sacerdote ha transformado la vida, nos ha hecho amigos, hijos de Dios. Ha hecho que nuestra vida, unida a la suya, sea un obsequio precioso para Dios y para la salvación de los hombres. y ha querido quedarse sacramentalmente entre nosotros en aquellos que actúan “en la persona de Cristo”, como otros Cristos vivos. Así lo comprobamos diariamente en las parroquias y en las comunidades cristianas. Los sacerdotes son queridos y buscados, porque su vida misma y su testimonio son extraordinariamente eficaces. Nosotros sabemos que el Espíritu Santo actúa por medio de cada sacerdote, por el sacramento del Orden, haciéndole un instrumento vivo del amor de Dios, que actualiza el amor del Buen Pastor en cada casa, en cada pueblo, en los momentos cruciales de la vida. Los sacerdotes somos necesarios en el plan de Dios para un servicio indispensable. Así lo ha decidido Cristo.

Cristo sigue invitando a compartir su vida de este modo especial, único, para que cada hombre que viene a este mundo pueda encontrarse con la acción salvadora del mismo Señor, reconciliándose con Dios y viviendo en comunión con Él.

San José, a quien invocamos hoy, es “el criado fiel y solícito a quien Dios ha puesto al frente de su casa” (Antífona Magnif.). Este sencillo carpintero nos da grandes lecciones. Descubrió el secreto de la vida porque llegó a conocer a Dios. Comprobó su amor gratuito, y se entregó completamente a Él sin reservarse nada. El amor de Dios, que es la verdad, se convirtió en el criterio que dio unidad a todas sus decisiones, y se abandonó a quien nunca nos defrauda.

San José estuvo **disponible**, amó sin reserva. Fue sabio porque confió y se entregó por completo. Es un colaborador excelente, discreto, con un amor fuera de serie, enteramente olvidado de sí mismo, absolutamente **obediente** a la voluntad de Dios. Para nosotros hoy es un **modelo de libertad** porque su personalidad no está atenazada por sentimientos narcisistas. Es capaz de ver la voluntad de Dios y de actuar amándolo en cada momento. ¡Qué ejemplo de cómo buscar la gloria de Dios sin engañarse con falsos proyectos, donde lo que nos seduce engañosamente es nuestro éxito!

El dinamismo de toda vocación cristiana supone haberse encontrado con el amor gratuito de Dios. A Dios no le importa nuestra pobreza; al contrario, cuanto más grande es la obra que Dios quiere hacer, más humilde es el instrumento humano que busca.

Esta verdad, certificada por cada sacerdote, como por San José, nos obliga a cada uno a escuchar al Señor: “**Buscad el Reino de Dios y el resto se os dará por añadidura**” (Mt 6, 33), porque, para remediar la escasez de vocaciones, toda la Iglesia tiene que vibrar en un amor que compita sólo en generosidad. **Nuestro único enemigo es la mediocridad.**

Puede suceder que algunos jóvenes que sientan la vocación sacerdotal experimenten cierto vértigo ante una decisión que implica toda la vida: Que no tengan miedo. Seguirán al Señor en cuanto experimenten ese amor que no defrauda, en la oración, en los sacramentos, en la caridad fraterna. Sobre todo si les empuja nuestro testimonio, si ven en nosotros verdaderos discípulos del Señor, amigos de Jesús, felices en una entrega radical, con criterios evangélicos y en comunión. Ofrecerán su vida, sin duda, si llegan a tener la mirada de Dios para comprender a cada uno, y si miran con misericordia la vida frustrada de quienes viven sin Él y le necesitan. Verán que en esa llamada amorosa resuena una verdadera promesa de plenitud y de felicidad. Pero, “para que otros lleguen a ver a Cristo en mí antes tengo yo que ver a Cristo en los demás”. El dolor de tantas vidas perdidas, es la más potente llamada de Cristo a evangelizar.

La vocación hace posible la entrada del amor de Dios en el corazón de los hombres. Lo demostró el amor titánico del P. Damián, o el de San Vicente Paúl o San Francisco Javier, San Juan Bosco, San José de Calasanz o San Juan de Ávila, o Juan Pablo II ya en nuestros días, y tantos otros más. Es la misma misericordia la que teje el corazón de cada sacerdote que se entrega como el Señor “para que tengan vida”(Jn 10,10).

Lo saben bien los 1.387 seminaristas de los seminarios diocesanos de España (287 son nuevos de este curso). Hoy pedimos para que conozcan y amen cada día más a Jesucristo y puedan ser próximamente los testigos del amor de Dios que el mundo necesita. También por los 170 sacerdotes recién ordenados, para que manifiesten el amor de Dios en su entrega diaria, e imiten al Señor en el ejercicio del ministerio.

Hermanos: que muchos jóvenes sigan a Cristo en el sacerdocio pasa, en parte, por nuestra respuesta. Dios llama a nuestra conciencia. Nos pide fortalecer nuestra fe, suplicar, orar; y -a veces, también- hacer a una proposición directa, de la que siempre se ha servido Dios para invitar a algunos a una entrega especial. En este momento nos invita a ofrecer ya sobre el altar nuestra propia vida: el sufrimien-

to de los enfermos, valiosísimo para Dios, (como los que participáis hoy a través de la televisión), la soledad de los ancianos y abandonados, la oblación de los religiosos y religiosas, la abnegación de los padres, el valiente apostolado de los jóvenes, la ayuda a los necesitados. “El día que tú no ardas de amor, muchos morirán de frío” (Mauriac).

Concedenos, Señor, la presencia del Buen Pastor entre nosotros. Que nunca nos falten los ministros de tu misericordia, los sacerdotes que, en tu nombre, hagan presente a Cristo y nos lleven a Dios.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

Javier Luzón, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, el 1 de marzo de 2007.

NOMBRAMIENTOS PONTIFICIOS

Con sendos Breves pontificios el Papa ha nombrado a Mons. Antonio Domínguez Galán y Mons. Ernesto Luis Senovilla Prelados de Honor de Su Santidad.

BENEDICTUS XVI PONT. MAX.

DILECTE FILI, SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM.

PRECES AD NOS ADMOTAS LIBENTI BENIGNOQUE ANIMO
EXCIPIENTES, UT SINGULARIS IN TE BENEVOLENTIAE NOSTRAE
TESTIMONIUM PUBLICE EXHIBEAMUS QUIPPE CUM DE CATHOLICAE
REI PROPECTU ATQUE INCREMENTO NON UNO SIS NOMINE BENE
MERITUS, TE

ERNESTUM ALOISIUM SENOVILLA VELASCO //

E DIOECESI XETAFENSI

NOSTRUM PRAELATUM HONORARIUM

ELIGIMUS, FACIMUS AC RENUNTIAMUS TIBI IDEO PRIVILEGIA,
HONORES, PRAEROGATIVAS CONCEDIMUS, QUAE EX
INSTRUCTIONE “UT SIVE” SECRETARIAE STATUS SEU PAPALIS CUM
HAC DIGNITATE SUNT CONIUNCTA.

DATUM ROMAE, APUD S. PETRUM, DIE XXII MENSIS FEBRUARII,
ANNO MMVII

TARSICIUS CARD. BERTONE
SECRETARIUS STATUS

BENEDICTUS XVI PONT. MAX.
DILECTE FILI, SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM.
PRECES AD NOS ADMOTAS LIBENTI BENIGNOQUE ANIMO
EXCIPIENTES, UT SINGULARIS IN TE BENEVOLENTIAE NOSTRAE
TESTIMONIUM PUBLICE EXHIBEAMUS QUIPPE CUM DE CATHOLICAE
REI PROPECTU ATQUE INCREMENTO NON UNO SIS NOMINE BENE
MERITUS, TE

D. ANTONIUM DOMÍNGUEZ GALÁN

E DIOECESI XETAFENSI

NOSTRUM PRAELATUM HONORARIUM

ELIGIMUS, FACIMUS AC RENUNTIAMUS TIBI IDEO PRIVILEGIA,
HONORES, PRAEROGATIVAS CONCEDIMUS, QUAE EX
INSTRUCTIONE “UT SIVE” SECRETARIAE STATUS SEU PAPALIS CUM
HAC DIGNITATE SUNT CONIUNCTA.

DATUM ROMAE, APUD S. PETRUM, DIE XXII MENSIS FEBRUARII,
ANNO MMVII

TARSICIUS CARD. BERTONE
SECRETARIUS STATUS



MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

A LOS JÓVENES DEL MUNDO CON OCASIÓN
DE LA XXII JORNADA MUNDIAL
DE LA JUVENTUD 2007

“Amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn 13,34)

Queridos jóvenes:

Con ocasión de la XXII Jornada Mundial de la Juventud, que se celebrará en las diócesis el próximo Domingo de Ramos, quisiera proponer para vuestra meditación las palabras de Jesús: “Amaos unos a otros como yo os he amado” (cf. Jn 13,34).

¿Es posible amar?

Toda persona siente el deseo de amar y de ser amado. Sin embargo, ¡qué difícil es amar, cuántos errores y fracasos se producen en el amor! Hay quien llega incluso a dudar si el amor es posible. Las carencias afectivas o las desilusiones sentimentales pueden hacernos pensar que amar es una utopía, un sueño inalcanzable, ¿habrá, pues, que resignarse? ¡No! El amor es posible y la finalidad de este mensaje mío es contribuir a reavivar en cada uno de vosotros, que sois el futuro y la

esperanza de la humanidad, la fe en el amor verdadero, fiel y fuerte; un amor que produce paz y alegría; un amor que une a las personas, haciéndolas sentirse libres en el respeto mutuo. Dejadme ahora que recorra con vosotros, en tres momentos, un itinerario hacia el “descubrimiento” del amor.

Dios, fuente del amor

El primer momento hace referencia a la única fuente del amor verdadero, que es Dios. San Juan lo subraya bien cuando afirma que “Dios es amor” (1 Jn 4,8.16); con ello no quiere decir sólo que Dios nos ama, sino que el ser mismo de Dios es amor. Estamos aquí ante la revelación más esplendorosa de la fuente del amor que es el misterio trinitario: en Dios, uno y trino, hay una eterna comunicación de amor entre las personas del Padre y del Hijo, y este amor no es una energía o un sentimiento, sino una persona: el Espíritu Santo.

La Cruz de Cristo revela plenamente el amor de Dios

¿Cómo se nos manifiesta Dios-Amor? Estamos aquí en el segundo momento de nuestro itinerario. Aunque los signos del amor divino ya son claros en la creación, la revelación plena del misterio íntimo de Dios se realizó en la Encarnación, cuando Dios mismo se hizo hombre. En Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, hemos conocido el amor en todo su alcance. De hecho, “la verdadera originalidad del Nuevo Testamento –he escrito en la Encíclica *Deus caritas est*– no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito” (n. 12). La manifestación del amor divino es total y perfecta en la Cruz, como afirma san Pablo: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,8). Por tanto, cada uno de nosotros, puede decir sin equivocarse: “Cristo me amó y se entregó por mí” (cf. Ef 5,2). Redimida por su sangre, ninguna vida humana es inútil o de poco valor, porque todos somos amados personalmente por Él con un amor apasionado y fiel, con un amor sin límites. La Cruz, locura para el mundo, escándalo para muchos creyentes, es en cambio “sabiduría de Dios” para los que se dejan tocar en lo más profundo del propio ser, “pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Co 1,24-25). Más aún, el Crucificado, que después de la resurrección lleva para siempre los signos de la propia pasión, pone de relieve las “falsificaciones” y mentiras sobre Dios que hay tras la violencia, la venganza y la exclusión. Cristo es el Cordero de Dios, que carga con el pecado del

mundo y extirpa el odio del corazón del hombre. Ésta es su verdadera “revolución”: el amor.

Amar al prójimo como Cristo nos ama

Llegamos aquí al tercer momento de nuestra reflexión. En la Cruz Cristo grita: “Tengo sed” (Jn 19,28), revelando así una ardiente sed de amar y de ser amado por todos nosotros. Sólo cuando percibimos la profundidad y la intensidad de este misterio nos damos cuenta de la necesidad y la urgencia de que lo amemos “como” Él nos ha amado. Esto comporta también el compromiso, si fuera necesario, de dar la propia vida por los hermanos, apoyados por el amor que Él nos tiene. Ya en el Antiguo Testamento Dios había dicho: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18), pero la novedad de Cristo consiste en el hecho de que amar como Él nos ha amado significa amar a todos, sin distinción, incluso a los enemigos, “hasta el extremo” (cf. Jn 13,1).

Testigos del amor de Cristo

Quisiera ahora detenerme en tres ámbitos de la vida cotidiana en los que vosotros, queridos jóvenes, estáis llamados de modo particular a manifestar el amor de Dios. El primero es la Iglesia, que es nuestra familia espiritual, compuesta por todos los discípulos de Cristo. Siendo testigos de sus palabras – “La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros” (Jn 13,35) –, alimentad con vuestro entusiasmo y vuestra caridad las actividades de las parroquias, de las comunidades, de los movimientos eclesiales y de los grupos juveniles a los que pertenecéis. Sed solícitos en buscar el bien de los demás, fieles a los compromisos adquiridos. No dudéis en renunciar con alegría a algunas de vuestras diversiones, aceptad de buena gana los sacrificios necesarios, dad testimonio de vuestro amor fiel a Cristo anunciando su Evangelio especialmente entre vuestros coetáneos.

Prepararse para el futuro

El segundo ámbito, donde estáis llamados a expresar el amor y a crecer en él, es vuestra preparación para el futuro que os espera. Si sois novios, Dios tiene un proyecto de amor sobre vuestro futuro matrimonio y vuestra familia, y es esencial que lo descubráis con la ayuda de la Iglesia, libres del prejuicio tan difundido según el cual el cristianismo, con sus preceptos y prohibiciones, pone obstáculos a la

alegría del amor y, en particular, impide disfrutar plenamente esa felicidad que el hombre y la mujer buscan en su amor recíproco. El amor del hombre y de la mujer da origen a la familia humana y la pareja formada por ellos tiene su fundamento en el plan original de Dios (cf. Gn 2,18-25). Aprender a amarse como pareja es un camino maravilloso, que sin embargo requiere un aprendizaje laborioso. El período del noviazgo, fundamental para formar una pareja, es un tiempo de espera y de preparación, que se ha de vivir en la castidad de los gestos y de las palabras. Esto permite madurar en el amor, en el cuidado y la atención del otro; ayuda a ejercitar el autodomínio, a desarrollar el respeto por el otro, características del verdadero amor que no busca en primer lugar la propia satisfacción ni el propio bienestar. En la oración común pedid al Señor que cuide y acreciente vuestro amor y lo purifique de todo egoísmo. Non dudéis en responder generosamente a la llamada del Señor, porque el matrimonio cristiano es una verdadera y auténtica vocación en la Iglesia. Igualmente, queridos y queridas jóvenes, si Dios os llama a seguirlo en el camino del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada, estad preparados para decir “sí”. Vuestro ejemplo será un aliciente para muchos de vuestros coetáneos, que están buscando la verdadera felicidad.

Crece en el amor cada día

El tercer ámbito del compromiso que conlleva el amor es el de la vida cotidiana en sus diversos aspectos. Me refiero sobre todo a la familia, al estudio, al trabajo y al tiempo libre. Queridos jóvenes, cultivad vuestros talentos no sólo para conquistar una posición social, sino también para ayudar a los demás “a crecer”. Desarrollad vuestras capacidades, no sólo para ser más “competitivos” y “productivos”, sino para ser “testigos de la caridad”. Unid a la formación profesional el esfuerzo por adquirir conocimientos religiosos, útiles para poder desempeñar de manera responsable vuestra misión. De modo particular, os invito a profundizar en la doctrina social de la Iglesia, para que sus principios inspiren e iluminen vuestra actuación en el mundo. Que el Espíritu Santo os haga creativos en la caridad, perseverantes en los compromisos que asumís y audaces en vuestras iniciativas, contribuyendo así a la edificación de la “civilización del amor”. El horizonte del amor es realmente ilimitado: ¡es el mundo entero!

“Atreverse a amar” siguiendo el ejemplo de los santos

Queridos jóvenes, quisiera invitaros a “atreverse a amar”, a no desear más que un amor fuerte y hermoso, capaz de hacer de toda vuestra vida una gozosa

realización del don de vosotros mismos a Dios y a los hermanos, imitando a Aquél que, por medio del amor, ha vencido para siempre el odio y la muerte (cf. Ap 5,13). El amor es la única fuerza capaz de cambiar el corazón del hombre y de la humanidad entera, haciendo fructíferas las relaciones entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre culturas y civilizaciones. De esto da testimonio la vida de los Santos, verdaderos amigos de Dios, que son cauce y reflejo de este amor originario. Esforzaos en conocerlos mejor, encomendaos a su intercesión, intentad vivir como ellos. Me limito a citar a la Madre Teresa que, para corresponder con prontitud al grito de Cristo “Tengo sed”, grito que la había conmovido profundamente, comenzó a recoger a los moribundos de las calles de Calcuta, en la India. Desde entonces, el único deseo de su vida fue saciar la sed de amor de Jesús, no de palabra, sino con obras concretas, reconociendo su rostro desfigurado, sediento de amor, en el rostro de los más pobres entre los pobres. La Beata Teresa puso en práctica la enseñanza del Señor: “Cada vez que lo hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40). Y el mensaje de esta humilde testigo del amor se ha difundido por el mundo entero.

El secreto del amor

Cada uno de nosotros, queridos amigos, puede llegar a este grado de amor, pero solamente con la ayuda indispensable de la gracia divina. Sólo la ayuda del Señor nos permite superar el desaliento ante la tarea enorme por realizar y nos infunde el valor de llevar a cabo lo que humanamente es impensable. La gran escuela del amor es, sobre todo, la Eucaristía. Cuando se participa regularmente y con devoción en la Santa Misa, cuando se transcurre en compañía de Jesús eucarístico largos ratos de adoración, es más fácil comprender lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo de su amor, que supera todo conocimiento (cf. Ef 3,17-18). Además, el compartir el Pan eucarístico con los hermanos de la comunidad eclesial nos impulsa a convertir “con prontitud” el amor de Cristo en generoso servicio a los hermanos, como lo hizo la Virgen con Isabel.

Hacia el encuentro de Sydney

A este respecto, resulta iluminadora la exhortación del apóstol Juan: “Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad” (1 Jn 3,18-19). Queridos jóvenes, con este espíritu os invito a vivir la próxima Jornada Mundial de la Juventud junto con vuestros Obispos en las propias diócesis. Ésta representará una etapa importante hacia

el encuentro de Sydney, cuyo tema será: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos”(cf. Hch 1,8). María, Madre de Cristo y de la Iglesia, os ayude a hacer resonar en todas partes el grito que ha cambiado el mundo: “¡Dios es amor!”. Os acompaño con la oración y os bendigo de corazón.

Vaticano, 27 de enero de 2007

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 156 Euros (mes 13 Euros)
50 ejemplares año . . . 312 Euros (mes 26 Euros)
100 ejemplares año . . . 572 Euros (mes 47,66 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid

